

Cruzamos frente a los bloques de salones, y nos encaminamos hacia la salida; tomando la ruta de la Calle Babiaca, para adentrarnos luego en la autopista.

Atrás quedó la silueta del recinto educativo, los estudiantes y las asignaturas. Adelante aguardaba el, esta vez, atestado camino. Conduje con calma a pesar de la hora y el incomodo sonido de cláxones ardorosos.

Luego de unos minutos empecé a descolgar camino al sureste, mientras Rita sentada a mi lado acariciaba mi cabello, o se distraía en mirar en el espejo sus rizos alborotados por el viento.

—¿Puedo cerrar la ventanilla?—musitó con evidente frío.

—Por supuesto, cariño. No me había percatado—dije excusándome.

Durante el trayecto no habló mucho, su bello rostro parecía sacudido por alguna pena y sus ojos se incluían en la distracción del camino lluvioso.

—¿Ocurre algo?—consulté.

—No ¿por qué?—respondió ella, liberando una sonrisa oxigenada en sus dienteitos blancos.

Continué atento al camino, mientras acariciaba su muslo, entre cada cambio de velocidades. Y conversábamos un poco sobre sus estudios y como había ido el día. Empero, seguía teniendo la impresión de que Rita se sentía ansiosa por alguna razón que yo ignoraba. A pesar de que con muestras de afecto me rodeaba la cintura con el brazo o apoyaba su mano sobre mi hombro.

Agucé un poco el acelerador, cuando doblamos en la esquina de la calle de la Marina y quedó dentro de mi campo visual el perfil del restaurante. Lo bastante grande como para divisarse a esa distancia, aun en medio de la calina que sinuosa invadía la calleja; formando un laberinto pluvioso que se descolgaba desde los aleros de aquel paraje histórico.

Cuando llegamos, el estacionamiento del restaurante estaba repleto. Me deslicé con afán, en dirección a las sombras que proyectaba el único sitio libre. Rita sonrió al notar mi avidez.

Finalmente, estuvimos frente al grueso cristal que separaba la acera de los convidados, y en cuya superficie podía leerse comedor “Casa del Cerro”. Se trataba de un restaurante típico instituido rayano a la avenida 37, a dos calles de la autopista. El cual había descubierto una tarde en que atendía algunos asuntos cerca de ahí, y a donde llegué accidentalmente, buscando un lugar disponible para almorzar. Desde ese día acostumbraba ir, si tenía la oportunidad, azuzado por la buena comida y el espacio sobrio.

Las luces anunciaron nuestro arribo, detuve el coche y me abrevié en salir para luego ir a por Rita.

—Ya llegamos—susurré, tomando su suave y pequeña mano para guiarla hacia la entrada.

Avanzando desde el extremo de la edificación, donde quedó aparcada la camioneta, nos dirigimos directamente a la entrada que apuntaba en dirección al este. Enseguida fuimos atendidos por un portero que paraguas en mano, salió para favorecernos de la lluvia. Rita se adelantó y yo agradecí la asistencia del hombre.

—Adelante, sigan por favor—invitó con voz ronca, que parecía salir de la nada.

Una vez ingresamos a la protección del techado, me percaté que desde nuestra posición y dado el perfil arquitectónico de la construcción. Se dificultaba ver el interior, pero no costaba colegir que la ocupación era completa y que instalarnos sería una labor de paciencia, afortunadamente, ninguno de los dos parecía tener premura.

—¿Me permiten?—dijo el conserje, señalando nuestros abrigo, los cuales nos sacamos y el descargó a la brevedad sobre una percha dispuesta a un par de metros de la salida.

A continuación con un gesto de su mano, nos invitó a adentrarnos en el selecto espacio y avanzados pocos pasos, nos reunió con otro empleado quien vestía uniforme de camisa blanca y chaleco color borgoña.

—Este es Felipe, quien los asistirá con la ubicación—presentó con formalidad.

El asistente inclinó levemente su cabeza en señal de saludo y tanto Rita como respondimos en igual avenencia su cordialidad.

—¿Hay algo mas en que pueda ayudarles?—preguntó el portero.

—Así estamos bien. Descuide.

—Con permiso y bienvenidos—se despidió por último.

Evidentemente el establecimiento se encontraba repleto a pesar de la hora, y no se veía ninguna mesa libre. Lo cual fue corroborado por el mesero.

—Tendrán que disculparnos, el día de hoy hemos tenido una gran afluencia. Pero en breve dispondremos de una mesa. Les pido un permiso—solicitó.

—Siga—dije.

—Es un sitio muy agradable—observó Rita, quien no conocía el refectorio previamente.

—Gracias por invitarme—añadió a continuación.

Sonreí con timidez y antes de decir nada. En ese momento regresó el camarero.

—Podríamos ubicar una mesa en ese espacio—dijo señalando el único hueco libre—si ustedes están de acuerdo.

Pero justo entonces un grupo de amigas, que por su acento deduje serían británicas, se pusieron de pie. Liberando una mesa, luego de dejar el correspondiente pago.

Obvié con un gesto, lo evidente y de inmediato el asistente hizo un gesto para instalarnos en esta. Seguido se dispuso tras una de las sillas para hacer espacio a Rita, quien agradeciendo se instaló cómodamente.

—Gracias. Disculpe las molestias—expresé yo, antes de tomar asiento.

—No es ninguna molestia. Disculpen ustedes la tardanza—observó y enseguida nos alcanzó el menú.

—¿Desean beber...?—preguntó.

—Puedo recomendarles el vino tinto de la casa—indicó enseguida, con un gesto que señalaba la carta.

—Solo agua para mí—apuntó Rita.

—Estoy de acuerdo con el vino, gracias—dije yo.

—Muy bien, con permiso—expresó el servicial hombre, retirándose para darnos espacio de elegir.

Sentamos en extremos opuestos, con las sillas en oposición. Miramos a nuestro alrededor la treintena de mesas, donde ejecutivos, turistas y demás se imbuían en sus asuntos, hablando plácidamente.

Mi olfato se agasajaba de aromas, y me estomago crujía de ansiedad.

Finalmente me decanté por un solomillo en salsa de vino tinto, y Rita por unos canelones rellenos, hicimos el pedido al mesero y aguardamos pacientemente mientras hablábamos sobre diversos asuntos.

—Y cuéntame ¿cómo va lo del proyecto y el plano que me enseñaste el otro día?—curioseó ella.

—Bien cariño, estoy a punto de concluir mi idea, y presentarla cuanto antes a Holbein.

Ella sonrió con ternura reforzando mi convicción:

—Amor debo felicitarte. Estoy segura que serás el mejor arquitecto de la ciudad.

—Bueno, gracias por eso.

—Tal vez Holbein esté esperando ver tus planos y bosquejos —se aventuró Rita—E incluso ya cuente con tu ayuda, después de la charla que tuvieron.

Negué con un gesto.

—En realidad, no creo que nadie, excepto tú, sea tan entusiasta al respecto. Y prefiero no ensillar sin tener el caballo—expresé.

Rita quedó en silencio por un instante, mientras me observaba.

—Claro, aunque confío en eso—dije sonriendo, tasando su honrado comentario y mí seca respuesta.

En ese momento apareció el mesero con las bebidas.

—En un instante estarán listos sus platos ¿desean alguna otra cosa?

—Así estamos bien gracias—dijimos al unísono los dos, consintiendo su alejamiento.

—Amor ¿y te enteraste por las noticias de lo ocurrido?

—¿A qué te refieres?—inquirí sin inscribir con exactitud lo que enunciaba.

—¡Lo del asesinato!—murmuró ella, desparramando los ojos.

Entendí hacia donde apuntaba eso.

—Si de algo me enteré—respondí queriendo restar importancia al asunto—algún desquiciado seguramente.

—Eso es evidente, pero crees ¿qué significa?—insistió Rita.

Me generó muchas dudas responder aquella pregunta y correr el velo respecto del significado, de algo que yo mismo apenas si comprendía. Resultaba demasiado espinoso en ese momento.

En el fondo estaba seguro que significaba algo, quizá un mensaje. Uno que el perturbado quería revelar al mundo. Fundamentalmente, una alegoría de la vida y la muerte. Tal vez, ambicionaba mandar una señal. Era esa mi interpretación. No por ello dejaba de resultarme brutal y extraño. Fue eso lo que dije.

Rita asintió.

—¿Algún extraño culto? Piensas que podría ser.

—No lo creo—corregí—Incluso, desde tiempos inmemoriales, algunas culturas, basan sus creencias religiosas en sacrificios de sangre. Como símbolo de reparación a sus deidades.

Rita me observó con extrañeza, con un dejo de incredulidad. Probablemente dudando que un crimen semejante pudiera contener un significado religioso.

Yo mismo sentí cierta perplejidad una vez que lo dije, de modo que di un giro hacia otra dirección.

—Cariño, esto no está nada bien. Pienso que nuestros gobernantes podrían hacerlo un poco mejor y tomar cuando menos algunas precauciones.

—¿A qué te refieres?

—La policía cariño. Vienen y dan la cara con todo desparpajo, dando a entender que no pueden hacer nada.

—Lo preocupante es que se trate de algún grupo de delincuentes queriendo tomar el pulso a la autoridad—observó ella.

—Lo que sea. Lo cierto es que hace mucho esta ciudad está enferma y nadie ha querido verla.

—No lo sé, tal vez tienes razón—interrumpió ella—; de un tiempo para acá nadie puede estar tan bien como quiere.

—Es lamentable—dije.

Ella quedó en silencio, en un lapsus que arrebató sus pensamientos.

—¿Que dices? Pregunto luego de un rato.

La repetición es la forma más sencilla de reforzar la distracción y fue ahí cuando noté que Rita, no se comportaba de forma natural ese día. De hecho su postura enfatizaba un claro acento de desidia y el escaso interés respecto de un tema, que aun cuando se precisaba en tratarlo, parecía disfrazar el fondo de sus verdaderas preocupaciones.

Me quedé observándola en silencio por un instante y noté que ella simplemente, se pasaba la mano acariciándose el cabello, sin percatarse siquiera que mi respuesta no había llegado.

—Rita ¿te ocurre algo?

—No...es....solo que...

Su frase se entrecortó y en la liberación del aliento, noté de pronto, una inflexión de tristeza que se ocultaba tras sus palabras y que seguramente era ajena, al tema que tratábamos. De modo que pregunté sin preámbulos.

—¿Cariño algo te agobia?

Las señales de su rostro fueron reveladoras y lo que se ocultaba en su corazón brotó en forma de lágrimas en sus ojos.

—Gabriel, es que he tratado de ser fuerte. Perdona que me comporte así—De improviso musitó con voz trémula.

—Rita, te he dicho que si tienes problemas o necesitas ayuda con tus asuntos familiares, puedes decirme.

A mis palabras siguió un silencio frío y profundo que duró unos segundos.

—¿Qué puedes hacer tú? ¿Qué puedo hacer yo misma?—soltó de golpe Rita, haciéndose eco de mis palabras—

—Ni siquiera sé que ocurre exactamente. Desde la partida de papá, estoy suponiendo razones que mi madre no ha sabido explicar.

De hecho creo que ni ella misma lo sabe—sonó bastante ambigua la reflexión de Rita.

—Te entiendo, y de verdad lo siento. Sé que es difícil—dije comprendiendo sus sentimientos.

—Toma, bebe un poco. Te hará bien —dije alcanzándole un poco de agua.

Rita tomo sorbo del vaso. Y yo, entretanto, me serví una copa de vino tinto.

Ella no dijo nada más, y enseguida respirando profundo, secó sus lágrimas e intentó calmarse. Como si hubiese liberado un nudo que le apretaba la garganta. Tornando de inmediato a la conversación primigenia.

—Ha sido realmente horrible ¿no crees? ¿Cómo alguien comete un crimen tan brutal y sigue viviendo como si nada?

—Una verdadera mierda—asentí con enojo. Siguiendo la corriente—sé, que si la comunidad lograra ponerles las manos encima...

—No lo sé —dijo ella—. A veces la gente es tan permisiva.

Esta vez fui yo quien vaciló inspirando hondo, y reviviendo la sanguinaria imagen en mi mente.

—Es...simplemente, es repulsivo. Mejor hablemos de otro asunto—dije sintiéndome tenso.

Tan pronto concluí la frase, apareció el humeante y bienoliente pedido. Percibí un olor apetitoso al ver pasar el plato por delante de mis ojos. Y luego del agradecimiento a nuestro mecenas. Me lancé a dar cuenta de ello sin miramientos ni delicadezas.

Pero bastó con ver la carne trozada en el plato, para revivir las imágenes del cuerpo mutilado; me sentí repugnado enseguida, fastidiado, tentado a lanzarlo contra la pared.

<Solo esto me faltaba, que ahora tampoco pueda comer> susurré en mi mente con enojo.

Mientras Rita, me observaba callada, simplemente, con una sonrisa esbozada en el rostro. Y yo seguía en un iba y venía, dando vueltas al músculo aderezado sin atreverme a tomar el primer bocado.

<¡Mierda, y se me ocurre pedir carne!> pensé.

<No es tan grave, solo corta un bocado Gabriel, además huele muy bien>Repetía en mi cabeza.

Durante el almuerzo Rita estuvo muy callada. Y yo sintiendo un nudo en el estomago, apenas si pude probar un bocado a punto de reventar en arcadas. Lo que juzgué en inicio una romántica velada, empezó a tornarse incomodo, merced a las preocupaciones de ambos. Por momentos regresaba a mi memoria la imagen del cadáver, sin acertar porque me causaba tanto impacto. Entretanto, Rita, suspiraba cada tanto como si estuviera a punto de atorarse con el suave bocado de pasta. Me vi tentado a consultar de nuevo, su estado de ánimo, pero su mirada pesarosa obviaba cualquier consulta.

Así en silencio terminamos de cenar. Con un gesto llamé al mesero, cancelé el valor de la cuenta, dejando una propina que consideré generosa, mientras este se disponía a recoger los platos. Agradecemos y nos despedimos, para luego avanzar con andar lento hacia la salida, afuera nos esperaba la calle lluviosa.

¿Me permiten?—indicó el portero, alcanzándonos los abrigos.

Cruzamos el quicio del portón, quedando en regresar ante la sugerencia del hombre, quien con señorío se avocó a atender otros comensales que ingresaban en ese momento.

Rita y yo nos observamos fijamente sin saber que pensada cada uno, como si el silencio fuera nuestro dialogo.

## CAPÍTULO XXII, DE LA EXTRAVAGANTE VISITA A CASA DE RITA

Con sentimientos tan lejanos pero a la vez tan vivos, tan novedosos y rutinarios; me detuve ante ella dejando clavar la mirada en el suelo, sin saber que decirle. No pretendía agobiar aun más su estado de ánimo.

Me sentía tan desusado, y embargado por incómodos sentimientos que me detuve con las manos apoyadas en la camioneta, a pesar de la lluvia, para examinar un momento la ciudad. Aguijoneado por un deseo de paz; tan vehemente como una embestida, y tan penetrante, que unido a mi repentina desolación lograba provocarme alucinaciones.

Mi imaginación, que hasta esa mañana fuera un plácido espacio de sueños y proyectos; materializó ante mis ojos un mundo de quimeras y espantos que brotaban del suelo y abarcaban la calle en una irreal extravagancia.

Identificaba claramente las proporciones y distancias de la calle, pero figuraba esta una tierra fangosa bajo un cielo granate. Cuyo suelo irrigado por la lluvia instituía un denso lodo, que fieramente se adhería a los zapatos; en medio de una suerte de selva asfáltica, rodeada de edificios que se izaban como palmeras enormes y exageradas. Cuyos transeúntes eran seres monstruosos, deformados, con brazos como ramajes, ojos nacarados, dientes rancios y cabezas hinchadas. Y el reflejo sobre las edificaciones, ahora palmeras, se multiplicaba superando la altura de estos. La mirada de quienes transitaban era un acecho, presto al ataque de sus nudosas manos provistas de garras. Sacudí la cabeza para ahuyentar la imagen.

—¿Qué ocurre? —Me encontré con la mirada fija de Rita, preguntado con desconcierto— ¿Te sientes bien?

—Claro, subamos al auto— Tenía un trabazón de ideas en la cabeza pero había vuelto a la realidad. De cualquier modo ella preguntó una vez más.

—Estoy bien —contesté, todavía sorprendido por la intensidad de la inusual escena—Lo siento —me disculpé luego. Y ya a bordo del auto, emprendimos el camino de regreso.

No tardaríamos demasiado en llegar allí, supuse que el silencio imprevisto apresuraría el camino. Pero de pronto los dos nos miramos, y Rita esbozó una sonrisa, que enseguida se transformó en una risa amplia.

—Discúlpame, arruine el día. Dijo pasando su brazo por mi espalda y recostando su cabeza en mi hombro—¿me perdonas?

—Eso no es cierto. Ambos parecíamos estar en otro mundo, así que no tienes por qué disculparte—afirmé—¿vas a tu casa?

—Sí. ¿Pero no estás disgustado?

—En absoluto, ya te lo dije.

—¿Y qué harás esta noche?—preguntó pasando a otro tema.

—Esta noche probablemente venga John a visitarme.

—¿Si?¿Por qué no me dijiste antes?

—Bueno, realmente no hubo el momento—indiqué con gesto de obviedad.

No era considerable la distancia que nos separaba de su residencia, empero, el tiempo que recurrió abarcar el camino, resultó suficiente para levantar los ánimos. Realmente conduje lentamente para aprovechar esos minutos antes de despedirnos. Por otra parte solo eran las cuatro de la tarde. Y mientras escuchaba la voz de Rita, ahora más confortada, prestaba atención al camino.

Avanzaba y podía escuchar el rozar de las plumillas sobre el parabrisas, finalmente, miré a mi alrededor acertando los contornos de la calle predicamento y sin sorpresas llegamos a nuestro destino.

Me detuve y apagué el motor. Resultó complaciente el viaje hasta su casa. Rita abrió la puerta haciéndose camino a la salida.

—Cariño ¿no vas a despedirte?—pregunté extrañado.

—Gabriel, ¿no pasas a saludar?—observó ella en contestación.

—Ehhh...claro que sí—Sonreí apenado.

—¿Quieres dejar la camioneta en la cochera? Amor—consultó Rita.

—Así está bien. Está habituada a la lluvia—

Ella sonrió por mi comentario.

Dejé el coche estacionado a un costado de la carretera. Y descendí para avanzar el trayecto hasta la entrada, tomando la mano de Rita.

Pero sentí cierta agitación, sabiendo que había sido distraído y poco considerado respecto de los inconvenientes de la señora Selene.

En fin, más allá de algunas probables interpelaciones y reproches peripuestos de simuladas risas, consideré que no sería tan grave.

En medio de mis introspectivas conjeturas, nos acercamos con celeridad a la puerta. Rita comprobó que en el interior de su bolso, estuviera la llave, la introdujo y dio un giro completo a la cerradura. Empujé la puerta por ella y enseguida nos adentramos en la vivienda.

—Mamá ya llegué—dijo al cruzar el umbral.

No hubo respuesta y avanzamos hasta la sala, el diseño de esa construcción siempre me había resultado extravagante, particularmente la zona de la sala a la cual se accedía por un altillo de dos escalones, que reñía con el nivelado del resto del piso.

Los techos eran relativamente bajos y el tablado del piso, bosquejaba formas que mareaban. Al fondo se descubría un espacio amplio y rectangular. El salón estaba amparado por un enorme crucifijo en una pared adyacente; pendía de la cubierta una lámpara tipo holandesa de ocho luces y engastado en la pared un cuadro con un paisaje alpino. Los muebles en madera de cedro rojo, tallada a mano con acabado mate, ondeaban en un extremo de la estancia; donde trascendían insuficientes para el dilatado espacio. En uno de ellos reposaba la señora Selene, vestida con un camisón oscuro, y mirada distraída.

La escena me inspiraba una vaga sensación de temor, empero, apreté los dientes e ingresé. No era un sitio que propiamente adoleciera de estética, sin embargo, no conseguía sentirme a gusto.

Recorrí con la mirada las paredes en la incómoda sensación de querer salir de ese lugar.

No tenía ninguna idea preconcebida de lo que iba a decir, pero tácitamente aquel no era un lugar en que quisiera estar. No sentía la más a mínima admiración por aquel confinado espacio; donde simplemente luego de saludar, sin obtener respuesta, aguardé en silencio.

Rita me observó ruborizada y se excusó por la señora.

—No te preocupes, así es con todos los que vienen. Es solo que su estado de ánimo cada vez es más singular, por decirlo de algún modo. A veces yo misma, no sé cómo tratarla.

—No pasa nada—murmuré, sintiendo consideración por la situación que la acongojaba. Era realmente triste ver su rostro desconcertado.

Luego se aproximó y la saludó con un beso, gesto que la señora apenas si atendió.

Pocos meses antes esa misma mujer destacaba por su sonrisa amplia y finas facciones, pero de aquello quedaba muy poco. La tristeza eclipsaba su mirada, y tal vez, en el fondo de su alma, la lenta tortura de la ausencia de su esposo, la convertía en aquel retrato amargado posado sobre un sillón.

—Ven siéntate—invitó Rita con un gesto.

—Buenas noches señora Selene, ¿Cómo está usted?—saludé de nuevo. Apenas si levantó la mirada para observarme, no obstante, me reconoció y en esta ocasión respondió el saludo.

—Gabriel ¿Cómo le va?—contestó lacónicamente.

Lo que sentí al aproximarme, no podría llamarse precisamente una reacción de alegría por mi llegada. Sino más bien una expresión de decepción al verme, evidenciada en el análisis exhaustivo de su mirada que sobrevino a continuación.

Rita se excusó y se alejó en dirección a la cocina, para traer unas bebidas y unos medicamentos recetados a su madre.

—¿Quieres café o soda?—farfulló desde la arista del salón.

—Una soda, estaría bien. Gracias—resondí.

La señora Selene tenía una expresión de desconcierto, de no estar preparada para recibir visitas; incluso parecía un poco intimidada, y solo conservaba un tenue brillo de su otrora orgulloso aire. Me senté frente a ella sintiendo que el volumen del aire se hacía pesado. En pocos minutos también yo me sentí intimidado por la fiereza de sus ojos calvados en los míos. De inmediato reflexioné que esa pobre mujer había enloquecido, pero sentí que era mi obligación sobrellevar la situación con entereza, y evitar la agitación de mi ánimo. Con la buena voluntad de acompañar a Rita, durante unos minutos, en la situación que ella debía tolerar a diario. Es posible que solo fuera impresión mía, y que la señora tan solo quisiera estar sola, pero al repasar su aspecto se notaba que evidentemente, algo no andaba bien del todo. Algo que solo ella misma en su cabeza sabía. A continuación estalló en una mueca incomprensible, incoherente desde cualquier estado de sanidad mental. Su conducta empezaba a resultar extravagante. Y mi acompañamiento ningún bien hacía al incomodo contexto. Me incorporé lentamente y me dirigí hacia la cocina donde estaba Rita.

—Creo que debería irme, parece que tu mamá no se siente bien.

Rita me miró en un prolongado gesto de amargura, en un himno de desconsuelo que brotaba de sus ojos tristes, sin encontrar palabras que definieran su aflicción. Y sin decir nada fue de inmediato a atender a la señora.

<Mamá quieres ir a tu cuarto> murmuró a su oído.

Pero la mujer respondió a su pregunta con un bramido. Seguido de un rotundo no.

Regresé a la sala y encontré a Rita con semblante fatigado. En mi completa ignorancia no entendía que lo único que pedía era mi compañía, el apoyo que horas antes había ofrecido. Tenía razón, lidiar con semejante situación debía resultar agobiante. Por supuesto, no tenía a quien acudir, estaban saliendo en esa ciudad. Y mi tierna amada no era más que una sirvienta avocada a paliar las tristezas de un orate; empujado a un mundo fachoso por obra del amor. Volvimos a congregarnos los tres en la sala, y yo regresé tímidamente a mi asiento, con un aviso de alarma que me invitaba a salir corriendo de aquella vivienda. Pero cuando la mirada de Rita se cruzó con la mía, supe que no debía hacerlo. Su único alivio era mi presencia.

Reconocí los signos, las confusiones de su desdicha. Reconocí el momento y el lugar en medio del cual me encontraba. Respiré la soledad y el vacío. Que brotaban de aquel hogar fortuitamente declinado. En la inexistente conversación con la señora Selene, no conseguí hallar un subterfugio, que me permitiera soportar aquellos dilatados minutos.

¿Cómo era posible que estuviera en semejante escenario? me cubrí la frente con las manos y cerré los ojos un instante; impaciente al verme atrapado en medio de tal confusión. Donde todo parecía salirse de lo normal, como una transmutación ilusoria en torno mío. Entonces el salón adquirió un carácter singular que reñía con su aspecto normal. Cerré de nuevo los ojos.

Pero en aquel instante me sentí dominado por una sensación de vacío, como si realmente estuviera solo; levanté los parpados y alcé la mirada. Advirtiéndome el pesado e irracional atisbo de aquella mujer que seguía frente a mí, incrementando mi molestia. Me sentía atrapado entre el mueble y la pared contra la cual el espaldar apuntaba. Entonces ideé una maniobra para abstraerla de su ensimismamiento, no sé cómo pudo ocurrírseme algo tan estúpido. Lo entendería más tarde gracias a su reacción.

Había hecho esa suposición equivocada, pues meses antes la señora estaría comentando sobre la familia, las reuniones de club con sus amigas; la ciudad, esto y aquello. De modo que me dejé llevar y terminé soltándola lo que resultaría una bomba, como si nada.

—Señora Selene ¿Y qué noticias hay sobre su esposo?

Dada la respuesta, podría decirse que hasta entonces la velada había sido maravillosa.

De pronto el ambiente se enrareció de un halito turbio, la pesada neblina de la calle pareció tamizarse de imprevisto en el salón y tuve que encontrarme con el furor asesino en la mirada de la mujer. Quien en una rara lontananza, floreció en una explosión de excitación y resentimiento.

—¿El señor Abrante? ¡Al señor Abrante tal vez no lo volvamos a ver Gabriel. Gracias a la corrupción de los políticos de esta ciudad!

En silencio tuve que aceptar la premisa, sin la menor idea de dónde encontrar el principio y fin de ella.

—¡Si Gabriel, Rita debe haberte contado las razones por las cuales mi esposo tuvo que salir corriendo de esta ciudad!—

Por supuesto no era así. Y yo no tenía la menor idea de la referencia que hacía la señora. Y lo único que quería era acertar una ruta de escape.

La mirada melancólica mutó en un gesto de rabia, y las aguas cálidas de sus emociones sulfuraron de agitación. Los retintines de mis palabras habían activado un furor reprimido, una queja de golpe y porrazo. Que en ese punto parecía incontrolable.

Al fin después de casi media hora, apareció Rita. Quien llegó impulsada por la prisa del aquelarre. Traía consigo una soda y un vaso de agua soportados en una bandeja que descargó de inmediato en la mesa de centro.

—¿Qué pasó mamá?

—¿Rita no le has contado a Gabriel sobre el honorable senador Gorky y sus amigos?—espetó doña Selene con la mirada cristalizada de obcecación.

—¡Mamá, por favor, Gabriel no está interesado en ese asunto!—recriminó Rita.

Pero fue inevitable que la señora continuara su vehemente devenir. Gesticulando, dejando escapar delirantes risotadas, y agitando las manos con ademanes frenéticos.

<¿Gorky? de nuevo aquel nombre ¿Qué tenía que ver en todo esto?>pensé.

El estoicismo de Rita fue puesto a prueba y de un bramido avivado de impaciencia acalló a su madre:

—¡Ya basta mamá...no tienes derecho!

Solo así, la mujer volvió a su moderado silencio.

Resultó verdaderamente lamentable al caos, que mis palabras provocaron y de inmediato me disculpe con Rita, quien me observó con semblante melancólico.

—Perdóname. No es tu culpa amor. Será mejor que te vayas—pidió con voz vacilante y las manos temblorosas.

Me sentí culpable de haber alterado aquel tronado cerebro, y profundamente avergonzado me puse de pie.

—Te acompaño a la salida—dijo ella.

—¿Seguro estarás bien?—consulté.

—Descuida, ya estoy acostumbrada—expresó con un gesto mustio, mientras abandonábamos el salón.

—Hasta luego señora Selene, que tenga usted una buena noche—me despedí.

—Adiós Gabriel—respondió la señora, con una inflexión de sequedad.

Como si juzgara mi falta de reacción ante su clamor. Entonces me sentí condolido de la mujer, en medio de la confusión que reinaba mi cabeza, ante su extraño comportamiento.

—¿Cariño que fue todo eso. A que se refería tu madre? ¿Quieres decirme?.

Ella levantó la mirada y fue como si una lanza me atravesara.

—No es nada Gabriel. Ella culpa a todos por su desdicha, simplemente es eso—y continuó—Por ahora creo que es mejor que nos veamos otro día. Te agradezco haber venido—indicó abriendo la puerta.

Luego sin entusiasmo ni emociones me dio un gélido beso.

Salí sin entender que sentimientos ahondaban en su corazón, pero no tenía ningún sentido insistir. Y acelerando el paso para acortar la distancia, me dirigí a la camioneta mientras la puerta se cerraba.

Un asunto equivoco parecía emerger en aquel hogar, empero, mientras ella no quisiera hablar del asunto, era poco lo que yo podía hacer. Poner un anillo en su dedo tampoco sería solución, evidentemente, Rita no dejaría sola a su madre. Y ni siquiera en un exótico tanteo, convenía yo, cohabitar en aquel particular escenario.

Lleno de dudas encendí el vehículo, y volví a adueñarme de la calle, para girar en medio de la lluvia hasta mi apartamento. Ya era de noche y Treum se vestía de sombras; siluetas singulares y macabras que surgían como entidades alargadas y misteriosas. Las cuales parecían descolgarse desde los alares de los edificios, llevando hasta el estremecimiento mis sentidos.

Pero contrarrestaba esa sensación, pensando en otros asuntos, entre ellos la visita de John, quien sabría aconsejarme.

Ininterrumpidamente seguí mi camino, con la maquinaria de la cherokee queriendo fallar; tendría que llevarla cuanto antes para una revisión mecánica, había sido bastante descuidado al respecto.

Por un momento todo funcionaba normalmente, pero ganados unos metros, parecía interrumpirse el flujo de gasolina, o quizá se tratara del alternador, realmente no podía saberlo.

Sin embargo, continué entre la sombría perspectiva que dibujaba la ciudad; la pasmosa composición de edificios entre luces y sombras, y el susurro del viento como voces misteriosas. Pero en medio de un paraje solitario, de manera intempestiva se detuvo la camioneta.

Intenté dándole al arranque unas diez veces pero resultó inútil, luego pasé el cambio a segunda, y bajando de la camioneta ensayé hundir el pie en el embrague. La obviedad me saltó en la cara: estaba solo en medio de la nada y por mis propios medios no conseguiría mover el pesado vehículo. Además me encontraba en un lugar oscuro.

Busqué una linterna y me disponía a levantar el capó en un último intento de hallar solución, antes de tener que dejar el coche abandonado para regresar con ayuda; que seguramente a esa hora y con el latoso clima sería difícil de encontrar. Para entonces la lluvia me había empapado. De pronto levanté la mirada y a unos veinticinco metros, me encontré con la sorpresiva silueta de un coche estacionado al lado de la carretera.

De inmediato decidí ir en su búsqueda, entreviendo que pudiera continuar su marcha y así perder mi única oportunidad de auxilio. Cuando menos podría tener un cable dúplex, si el inconveniente de mi camioneta era causado por la batería, o prestarme cualquier tipo de ayuda adicional.

Corrí hasta su ubicación y estando a veinte pasos pude distinguirlo claramente; parecía estar aparcado a un extremo de la calle, como si hiciera tiempo al cambio de luz, justo bajo el semáforo. Se trataba de un Fiat negro convertible modelo 79. Apenas llegué me di cuenta que el techo de lona estaba recogido. Al dar una ojeada esperaba ver al conductor en su asiento. Pero al detenerme junto a el auto no vi a nadie en la acera, o dentro del coche, y al parecer tampoco en los alrededores, ni en la distancia que mi visual lograba captar; rebusqué con la mirada entre la penumbra, y me resultó bastante extraño. Aunque decidí continuar esperando. Lo de la capota retraída en medio de tal chubasco carecía de sentido ¿Y si al igual que yo, también él necesitaba ayuda? ¿Si había sufrido algún desperfecto mecánico?

No contaba con ningún tipo de amparo en medio de la lluvia y el agua se descolgaba desde mi cabello, filtrándose hacia los ojos. Bajé un segundo la mirada, y mis ojos tropezaron con algo sorpresivo: una especie de sogá. Centré mi atención en el objeto y en efecto confirmé que era una gruesa cuerda de sisal, anudada en los extremos; tirada en el suelo, y manchada con una sustancia roja que se desleía lentamente. Por mi cabeza cruzó de inmediato la idea de que pudiera ser sangre, y recordé al unísono el crimen visto en la noticias.

Y ¿Si la persona que había abandonado el auto estaba herida?

Aun con el sentimiento de temor y los pensamientos que cruzaban mi cabeza, decidí seguir en el sitio y llamar para ver si alguna respuesta.

—¡Holaaa!, ¿hay alguien ahí?, ¿necesita ayuda?

—¿Holaaa...?

No hubo ninguna señal.

<Gabriel deberías irte de aquí> me dije a mí mismo, empero, decidí seguir allí, en la oscuridad, observando con detalle cada movimiento, en busca de señales del conductor.

La recóndita y lluviosa noche atrapada en el silencio; tan solo irrumpida por el llanto del cielo, mutaba el lugar en un oscuro panteón. En el cual el auto abandonado se erigía como alegoría del más



subrepticio misterio. Debí aguardar durante unos diez minutos, con los pies prestos a prender carrera si me encontraba frente a alguna amenaza.

Persistí un poco más en mi llamado, con ídem resultado.

<Debo avisar a la policía, es lo más indicado> conjeturé. Retomando el camino hacia mi vehículo, ahora lleno de aprensión y sin saber qué decisión tomaría.

Subí de nuevo a la cherokee. Cuando menos para resguardarme de la lluvia e intentar la llamada al número de emergencias. No me resultó sorprendente encontrarme sin señal. ¿Qué más podía esperar de una noche como esa?

Atónito y pleno de resquemor maldije aquel albur, y en un intento desesperado di otro impulso al arranque, para mi sorpresa, el sonido del motor emergió con toda claridad. Enseguida emprendí mi camino sin adicionales conjeturas, solo quería llegar a casa cuanto antes, y confiaba que John, no lo hubiera hecho antes.

Conduje lentamente, hasta pasar por el sitio donde tenía la certeza se encontraba el fiat, y lo que vino a continuación no podría resultar más fachoso: en ese lugar ya no había vestigios del auto. Por inverosímil que resultó dejé el suceso de lado y proseguí. Exeditamente tomé la ruta de la autopista, no quería seguir conduciendo por las sinuosidades insondables de Treum. A menos de un kilómetro de ahí, se elevaba el edificio de apartamentos. En pocos minutos crucé la avenida sin ningún tipo de inconveniente mecánico. En el trayecto me encontré con la silueta del palacio de artes, la magnificencia del ayuntamiento elevándose en la distancia y el viaducto de los mártires sostenido por gruesas columnas.

Bajando enseguida por la calle de los comercios, donde fui bendecido por el resplandor de las luces; para en breve adentrarme hacia los pasadizos de la calle Centro Alto. Al llegar aparqué, detuve la maquinaria, salí del coche y avancé por el pasillo asfáltico; hasta inscribirme en las escaleras que conducían al segundo piso. Sintiendo que la ciudad se me hundía en la carne y en el alma, sin embargo, algo de regocijo acompañaba mis pasos: esperar que John pudiera dar algo de luz a mis incógnitas, o simplemente sentirme compensado, por el sencillo ejercicio de regresar a casa.

### **CAPÍTULO XXIII, DE LA VISITA DE JOHN Y SU CONSEJO**

En el edificio reinaba un solemne silencio que instituía su habitual soledad. El viento colándose entre las concavidades de sus formas, era como un suspiro que me acompañaba al subir las gradas. Finalmente, hube de llegar a mi vivienda. Al girar el picaporte aquel espacio se descubrió como un cálido palacio que acogía mi agotamiento,

La puerta se abrió por completo, avancé dos pasos y me detuve luego de cerrarla tras de mí. El reloj de pared anunciaba las ocho de la noche.

Desembarqué pues en la seguridad de mi espacio e inicié a adosarme a la cotidianidad que alejaba de la excéntrica calle. Caminé silenciosamente hacia el teléfono, confirmando una llamada desconocida y un par de mensajes ininteligibles; pude acertar que ninguno de los dos era de John. Saqué mi teléfono móvil revalidando que no hubiese llamadas tuyas. De ahí me aproximé al ventanal. Todo lo que se oía era el tintineo de las gotas sobre el vidrio, sin embargo, al acercarme me pareció advertir un aroma inusual, además del ventanal abierto; lo cual captó completamente mi atención ¿Era posible que alguien entrara en mi apartamento durante mi ausencia?

Observé el callejón, ahí en el lado opuesto, podía verse el reducido apartamento de Michael, casi como un reflejo del mío. A través de la delgada cortina se insinuaba la silueta de la joven madre, probablemente preparando los alimentos. También el pequeño niño se notaba correteando en aquel espacio, y resultaban para mí, dos siluetas conocidas y ajenas que se filtraban hasta mis ojos.

Apenas hube advertido esta imagen, mi frente se frunció, mis ojos se entrecerraron y contraje los labios en una expresión de rabia que se reflejaba en el vidrio. Recordé enseguida el albur oscuro y maligno cuya definición ignoraba, pero que ciertamente se erigía en la humilde vivienda. Estaba dispuesto, esa misma semana, a dejar de lado cualquier cortesía y confrontar a la progenitora, exigiendo explicaciones de lo que ahí ocurría.

Me encontraba de pie frente al ventanal mirando el apartamento y el pasadizo, cuando el olor viciado se tornó más intenso; bajé la vista intentando acertar de donde provenía, pero la oscuridad estorbaba

cualquier conjetura. De modo que solo pude levantar la cabeza, encogerme de brazos y alejarme en dirección a la sala; donde aligeré mi desaliento en una de las sillas, descolgando los brazos y estirando las piernas. En ese momento el desusado sonido del timbre me tomó por sorpresa.

Miré desconcertado. Pero de inmediato atiné que debía ser John quien arribaba, volví la espalda al sillón y me dirigí para atender con premura. Giré el picaporte, la cadenilla no estaba puesta, así que la puerta se abrió de un solo golpe.

—¡Gabriel, amigo! —rugió la voz de John al verme. Con su habitual expresión de alegría, y sus ojos desparramados.

—Hola amigo. Ven, sigue—invité.

Este se adentró en el apartamento y con sus brazos abiertos me prodigo un cálido abrazo.

—Gracias por venir amigo—expresé.

El me miró solemnemente y adoptó de inmediato un tono alegre.

—¡Es una visita de trabajo. Mi apreciado colega! —respondió con viveza y una sonrisa.

Asentí con la cabeza, recibí su abrigo y le señalé el asiento para que se pusiera cómodo. Se instaló en él y de un pequeño maletín que casi siempre llevaba consigo, extrajo un documento que descargó sobre la mesita de centro.

—¿Que quieres tomar amigo?—indagué.

—Si tienes whisky, me vendría bien uno para el frío—indicó.

—Gabriel ¿Tu no enciendes la calefacción?—agregó a continuación.

Al mismo tiempo que servía las bebidas, sonreí recordando que al parecer solo yo toleraba la baja temperatura.

—Disculpa John, ya mismo le activo—indiqué mientras volvía a su encuentro y descargaba los vasos llenos de whisky sobre la mesa. Junto al documento que él había depositado ahí.

—¿Qué es esa carta?—pregunté mientras programa la calefacción para climatizar el apartamento.

—¡Ya verás amigo, ya verás. Ten paciencia!—farfulló.

No tardé y me senté junto a él, en el sillón contiguo.

—Bueno amigo mira—dijo señalando la carta—

Empecé a leer.

—A nadie le amarga un dulce ¿verdad?—expresó.

Y parecía ser cierto, puesto que el documento indicaba la inminencia del proyecto de reforma de la parroquia e incluso hacía una breve referencia al presupuesto destinado. Algo que resultaba relumbrante.

—¿Qué piensas?—dijo John, mirándome con gesto iluminado.

—¡John, esto es grandioso!

—Te lo dije—asintió él.

Era una noticia condenadamente buena e invertía todas mis preocupaciones, dejando unos buenos billetes en mi bolsillo, los cuales definitivamente, necesitaba. Me sentí emocionado y de un solo sorbo, tomé medio vaso de la bebida que logró aceitar la ronquera que había dejado en mi voz el regocijo de la noticia.

—Gracias amigo. Este proyecto es una gran oportunidad—indiqué.

—No tienes que agradecerme Gabriel. Lo hago porque confío en tu trabajo.

Fue el momento justo para pedir también su opinión, respecto del bosquejo para el proyecto Hamm.

Nos pusimos de pie y John, se situó frente al plano para encontrarse con los trazos, que definían las formas del centro comercial. Luego pedí su consejo, y sentándose de inmediato en el banco, el mismo empezó a sugerirme buenas ideas. Tanto que terminamos trazando algunas líneas adicionales. Sin duda, el buen John, sabía lo que hacía y al notar su entusiasmo; no entendía como había optado por la vida religiosa, en lugar de la arquitectura. Cerca de cuarenta minutos estuvimos avocados a dicha tarea, pero se hacía tarde y John debía regresar a su casa.

Estaba tan distraído entre proyectos de reformas y centros comerciales, que no presté toda la atención que debería al asunto de la revelación. Pero de pronto este asunto zumbó en mi cabeza.

En ese momento John regresó de nuevo al sillón de la sala, y observando el documento que traía consigo, lo tomó en sus manos para regresarlo al maletín.

—Bueno Gabriel, gracias por el whisky. Pero es tarde y debo irme—expresó.

Entonces lo tomé por el brazo.

—Aguarda un momento John, hay otra consulta que debo hacerte. Podrías esperar un momento.

John me miró con un dejo de asombro.

—Sí, claro —contestó finalmente.

Por la expresión en mi rostro, debió conjeturar que se trataba de algo delicado.

—¿Referente a...? —preguntó él—. ¿Tienes algún inconveniente? —preguntó enseguida.

—No. No es eso. Se trata de algo que tal vez te sorprenda, pero estoy seguro no te será ajeno.

Entonces me sumergí en aquel mundo de imágenes y sensaciones desconocidas; de personajes míticos que se antojaban reales. Y arrastrado hasta el momento mismo de la primera revelación, sentí que el aire se enrarecía y me deslizaba por un túnel repleto de misteriosos sortilegios. Así inicié la narración de mi historia, mientras John me observaba con ojos cansados, seguramente el sueño y la fatiga lo rondaban, empero, escuchaba con atención mis palabras.

Cuál sería su sorpresa ante semejante confesión que rescataba creencias ancestrales, y en mi relato se perpetuaba como rondando sobre aspectos que seguramente el conocía mejor que yo.

—Amigo, sabes que jamás he sido un hombre recabado a la religión, de hecho consideraría que a veces estoy en la acera contraria. Claro esto no tengo que decirlo, tú me conoces bastante bien. Pero en verdad necesito entender de qué se trata este asunto y disponer de información para aclarar este excepcional predicamento.

—Descuida Gabriel, te aseguro que a través de mi labor pastoral he visto de todo— dijo John, de modo que esto no me sorprende.

—Está claro que no puedo decir por qué este símbolo religioso ha aparecido en mi vida repentinamente—indiqué— Lo que sí puedo afirmar es que se trata de una divinidad y no de algo maléfico.

Nuestra conversación sobre el tema se fue tornando más rara e iba en dirección a un intercambio de aturcidas miradas. Cuando nada parecía estar claro. Y todo el tiempo y esfuerzo lo dedicaba a ayudarme, en parte, con reseñas de lo dicho por la mujer de las revelaciones. Intentando poner en orden el anejo de vaticinios, haciendo paradas y reflexiones a medio camino, sobre un tema que apenas entendía a pesar de mis prolongadas lecturas. Pero todo aquello parecía adolecer de pies o cabeza, una vez que inicié a enumerarlo. Empero, mi piadoso interlocutor parecía escuchar atento, más con resignación que con intelecto. Entretanto, yo me esforzaba en la intimidad de mi confesión, de las múltiples noches de insomnio, y aquel pequeño mundo privado que se había encumbrado a mí alrededor.

En ese instante me mostré tan comunicativo como podía ser, y aclaré cada detalle de lo sucedido, buscando en las instantáneas que liberaba mi mente, además algunas de las palabras y asuntos revelados. Mientras John escuchaba atento, sorprendido, por supuesto, haciendo algún comentario que consideraba oportuno. Intentando acertar la lógica de mis palabras.

—Sé que todas las religiones del mundo se sostienen en buena medida sobre el pilar de los mitos e invenciones—afirmé—cuando menos así lo veo, y entiendo que de algún modo eso sea la fe. Básicamente creer. Pero en el sentido estricto, puedo asegurar que esto que he visto es real.

—¿Cómo era la mujer de tu sueño Gabriel? —indagó John.

—No era un sueño amigo—aclaré, describiendo en detalle su aspecto físico—¿Qué crees que pueda significar?

—Bueno, es un poco extraño —aseveró.

—Te aseguró que últimamente todo ha sido extraño —contesté, sin atreverme a develar el extraño aspecto que podía notar en algunas personas, además de los oscuros espectros que parecían brotar en las calles de Treum.

—¿Y eso? —inquirió con indagación.

No respondí su pregunta.

—Sí. Es realmente extraño—recalcó una vez más, en voz baja—podría tratarse de una revelación Mariana, sin embargo, aunque no soy experto en el tema... la descripción que haces de esta mujer, pareciera no coincidir del todo con la tradición.

—¿Qué dices?— examiné extrañado.

—Bueno. Como te dije no estoy seguro, así que preferiría hablar con el monseñor, y no sé, consultar su opinión al respecto.

—¿Quieres decir que si fue una aparición de la virgen, su aspecto no coincide con otros desvelamientos? —indagué.

John se removió en su asiento.

—Aparentemente no. Sin embargo, debemos ahondar en el tema. Como te dije antes no soy experto—replicó él.

—Pero, ¿No crees que sea posible que el mensaje esconda alguna suerte de clave, que pueda ser interpretada por algún especialista en el tema? —

Evidentemente, John estaba desconcertado, boquiabierto, incluso cuando en mi tono de voz no atinaba una burla. Era notorio su abrumador desconcierto; un signo de interrogación se elevaba en el aire. Mientras permanecía asido a su silla, ensayando acertar en mis palabras algún carácter de lucidez, que aplicara lógica a mi historia. Pero evidentemente su autosugestión resultaba mucho menor que la mía.

—No lo sé, la verdad Gabriel, podría tratarse de cualquier cosa. Me refiero a que si bien esta clase de fenómenos son comunes, no es habitual que...

—¿No es habitual que John?, ¿Que le ocurran a un escéptico como yo?—inferí.

—No. No me refiero a eso, simplemente acometo que analicemos todas las posibles variables de lo sucedido.

—Te comprendo. Sé a qué te refieres—dije—¿quieres otro whisky?

—Sí. Te agradezco.

—Seco ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Recuerdas algo más? ¿Cómo era su acento, su mirada, su fisonomía? Además de lo que ya me describiste— investigó John, mientras yo descargaba la bebida en los vasos y regresaba a la sala.

—¡Claro que sí!—respondí—tengo su imagen latente en mi memoria, desde la primera noche de la aparición

—Es extraño—se dijo para sí mismo, como si ensayara responder las preguntas que en mi embebecimiento, yo no conseguía responder.

Entretanto, bebió un trago del vaso lleno de whisky que sostenía en su mano.

—Eso es precisamente lo insólito —asenté irrumpiendo su reflexión —.La primera vez que la vi pensé que se trataba de un sueño, pero amigo, los encuentros han sido repetitivos, incluso cuando apenas me meto en la cama, y cada vez traen un mensaje consigo.

—¿Qué piensas?— examiné.

—No, no lo sabría. Realmente me dejas perplejo, porque es algo tan complejo que te lleva a pensar en muchas cosas—se removió de nuevo en su asiento y bebió otro trago.

—De cualquier forma, Gabriel, la conclusión es que debemos ser prudentes e indagar a fondo. No resulta conveniente exponer un tema de tal complejidad abiertamente, algunas personas podrían malinterpretarlo—Observó John—consideraré sacar mis propias conclusiones y consultarlo cuanto antes con el monseñor. Sé que su aporte será muy valioso.

—Tienes razón amigo, no hay más remedio. Espero que lo que te dije no haya una resultado una locura.

—Claro que no. Ahora debo irme—observó mientras descargaba el vaso en la mesita—Esta misma semana te llamaré para informarte que he averiguado.

—Gracias de nuevo John.

—Es con todo gusto Gabriel. Y procura estar tranquilo.

Nos incorporamos, él se adelantó y yo le seguí, con las ideas congregándose en medio de la distracción, pero en el inequívoco que John me prestaría la ayuda adecuada.

El ruido de la lluvia parecía débil, quizá se allegaban mejores tiempos—pensé.

Me adelanté para girar el aldabón y abrir la puerta, en efecto el viento era débil, pero el frío que se colaba intenso.

La puerta abierta aguardó la despedida de aquel buen amigo, me sentía como si me hubiera confesado, como si quitara un pecado de mis hombros, aunque no lo fuera. Mi lucha interna parecía aliviarse, al haber comentado los hechos con otras personas.

Humildemente incliné mi cabeza y John prodigó su bendición, era la primera vez que lo hacía y me resultó bastante curioso aquel ritual.

Luego nos dimos un abrazo y le alcancé su abrigo.

—Bueno. Cuídate amigo—dije—De nuevo gracias.

El sonrió.

—Será mejor que me valla, las calles últimamente parecen no ser seguras—observó.

—Es cierto—asentí.

—Adiós Gabriel. Te llamaré.

—Adiós John.

Luego se introdujo en el pasillo hasta desaparecer en la escalinata. Giré pensativo, cerrando la puerta y avanzando mansamente al interior cálido que me aguardaba. Allí estaba aquel espacio vacío, adornado de forma básica con su sala, la mesa de dibujo en un extremo, la cocina al fondo; el escritorio con la computadora, el viejo cuadro y el reloj de pared que señalaba las once menos diez minutos.

Me sentí aliviado ante la conclusión de John, no obstante, como el mismo dijera era forzoso el reconcomio respecto de ese tema. Cuando menos no me consideraba un trastornado mental, portador de una historia sin validez, por el contrario denotó interés e incluso entusiasmo en develar aquel misterio.

## CAPÍTULO XXIV, LA PROPUESTA PARA EL CENTRO COMERCIAL

Contrario a mis conjeturas el agua arreció de repente, y el silencio que se hacía más profundo a medida que avanzaba la noche. Tan solo se interrumpía con el estallido de las gotas de lluvia en el ventanal, un ligero susurro, que se hacía sordo hasta que caía la siguiente gota.

Sentí el peso de la ropa que se había secado sobre mi cuerpo.

<Uno de estos días pescaría una neumonía>—pensé.

Luego de recoger los vasos de la mesa, todavía con whisky en su interior, y llevarlos hasta la cocina; revisé una vez más el ventanal para corroborar que estuviera asegurado.

Afuera el callejón lucía sombrío, sin embargo, saludé la calle y con el corazón lleno de vacío, me aparté del vidrio que reflejaba la luz de la bombilla en la sala.

Todo parecía estar en orden, aunque tenía las pantorrillas entumecidas y los dedos inusualmente agarrotados. Hice un pequeño ejercicio de estiramiento y regresé a la cocina intentado vigorizarme. Abrí la alacena, luego la nevera, dándome cuenta que escaseaban los víveres. Tendría que comprar algunas cosas, pero evidentemente no sería esa noche. De modo que ahagué la fatiga preparando un poco de café y fumando un cigarro.

Luego de tomar la gabardina que había descargado en el respaldo del asiento, apagué las luces y caminé por el pasillo hasta la habitación. Apenas crucé la puerta me saqué los zapatos de una sola sacudida y de inmediato me libré del castigo del pantalón y la camisa.

Avancé un par de pasos y de un salto me metí en la cama, deslizándome bajo la cobija, pero al segundo me incorporé de nuevo; recordando apagar la calefacción que únicamente había activado por complacer a John.

Al instante regresé y entre las sombras de la noche ensayé cautivar a las hadas del sueño. Con los ojos completamente abiertos contemplé la cerrazón, que en el gregario de sutiles resplandores que se endosaban desde la calle; simulaba siluetas que hace mucho no me generaban espanto.

Empecé a sospechar que tampoco esa vez, convocaría en mis parpados la compañía el sueño; de modo que encendí la lámpara que reposaba sobre la mesita de noche. Pero su luz fulguraba como una pequeña luciérnaga en la más espesa bruma.

En el sinsabor de tal lobreguez me esforcé por conquistar cuando menos unos minutos de sueño. Y en este adiestramiento me distraía, cuando fui exaltado por el brillo de la conjetura de John, mi fantasía volvió a contemplar aquel rostro, que cubierto en su túnica, se alzaba en el aire. Era como si estuviera de nuevo ante mí, como si su aliento fuera un céfiro gélido y paralizante.

Adiviné en ese instante de recuerdos y pensamientos, un delgado hilito de sueño que debía aprovechar de inmediato. Enseguida cerré los ojos y me tendí boca abajo reposando la cabeza sobre la almohada.

Y al segundo acerté una suavidad sobre la cual me encumbraba, como si el demonio del insomnio me diera un respiro. Acaricié con mis manos la suavidad de la almohada y en el inexcusable reposo, al fin a caí en la fantasía del ensueño. En una plena sensación de gozo, que a continuación me condujo a un profundo letargo de sueños. Imágenes quiméricas en las cuales podía verme a mí mismo, infiltrándome en las aguas cristalinas de un río, en el cual jugueteaba con las rocas y la arena. Pero al segundo las placidas iconografías se tornaban violentas y la fantasía mutaba en pesadilla. Una en la que mi cuerpo giraba sin

control lanzado con ímpetu por una fuerza desconocida, en medio de la más profunda oscuridad. Y voces como el sonido de campanillas, que provenían de lugares desconocidos estremecían mis oídos. En breve, se instituían lamentos mezclados con risas y el llanto de un chiquillo. Entonces veía al pequeño Michael quien dormía en la habitación con su madre, al parecer porque en las noches despertaba presa del pánico a causa de terribles pesadillas que agobiaban su descanso. En ese momento debí luchar y sacudir la cabeza con tanta fibra, que conseguí despertarme en medio de la oscuridad que persistía.

Si bien el sueño no era tan terrible, mi corazón bombeaba preso de agitación e incluso estando despierto; era como si las extrañas voces persistieran, cruzando por el aire hasta mis oídos.

Al intentar incorporarme sentí una sensación claramente aterradora, como si mi cuerpo luchara por recobrar su control y no pudiera conseguirlo. Entonces vi que una sombra se movía en medio de las tinieblas; no pude intuir que era, mas estaba seguro que no era la mujer de las visiones. Por el contrario sentía que esta cosa desconocida se aprestaba a hacerme daño. En absoluto estaba dormido, lo sabía. Finalmente, en un arranque logré incorporarme, encender la luz y sentarme al filo de la cama. No había nadie allí. Levanté la mirada y escudriñé por cada rincón, me sentía todavía estupefacto, flotando en una pausa de tiempo constante y la sensación de alguien observándome se mantenía. Tembloroso bajé de la cama, calzándome unas sandalias y avancé hasta el baño, para refrescar mi rostro con un poco de agua. Los días sin sueño me tenían completamente desorientado, y mi mente adolecía de cualquier lucidez; esa fue mi conjetura, una vez que el agua gélida me conjuró.

Cuando dejaba el baño escuché un fuerte sonido en la sala, como un taconazo en el piso, antecedido por un rasgar de uñas.

Salí de la habitación encendiendo también la luz del pasillo y ansiosamente traté de acertar el origen del ruido; pero ya no se oía nada. Allí donde intuí el origen de aquel eco, pasé buena parte de la madrugada escudriñando. Todavía con el rumor somnoliento a cuestas y el vívido sonido de aquel golpeteo, similar al taconazo de un zapato sobre el piso de madera, precedido por los arañazos de un alma desesperada; arrastrada hacia un fin fatídico. Si. Era como si alguien hubiera sido arrastrado por mi piso. Pero desde que salí del cuarto, no pude encontrar ningún rastro de la intrusión en mi espacio. Como tampoco se repitió nuevamente el ruido. No se oía, absolutamente nada.

<¿Qué hora es?> me pregunté, levantando la cabeza desde mi posición de husmeador. Eran las 5:20 am. ¿Cuántas horas llevaba en esa inútil tarea. Dos, tres?

No podía saberlo, el tiempo últimamente era demasiado incongruente. A veces iba demasiado rápido y otras agobiantemente lento. Como fuera, ya amanecía y no podía pasármela el resto de la mañana, tendido en el suelo hurgando las huellas de una criatura que probablemente, había emergido de mis sueños, para hacerse real solo en mi cabeza.

Próxima la luz del amanecer, no sentí que corriera peligro, resultó tácito que además de mi persona no había nadie más en la casa.

<¡Por Dios, que está pasando!>—exclamé, avanzando hacia la sala.

Sentado en el sofá dejé que la mañana avanzará un poco más, luego pensé en ponerme de pie, y avocarme a terminar cuanto antes la propuesta para Holbein. Con el firme propósito de concluirla ese día, en la premisa de entregarla antes del fin de semana. Pero recordé que adolecía de víveres, aunque eso se remediaba fácilmente con una visita al mercado. Esta vez no podía negarme a salir, sentía el estómago vacío.

De modo que decidí darme a esa tarea, antes de adéntrame en el cosmos de la arquitectura. Luego de ducharme y calzarme enseguida una sudadera con capucha, que hace algún tiempo tenía abandonada en un rincón del guardarropa. Me apresuré para tardar el menor tiempo posible, lanzándome por el pasillo hacia la salida, y abriendo la puerta di ese dolorido paso hacia otra mañana lluviosa.

Cuando alcancé el final de los escalones recordé mi promesa de ayudar al pequeño Michael, a quien hace días no veía. La calle estaba completamente húmeda y el turbión provocaba una sensación de mareo al adentrarse en el. Al llegar a la puerta vecina di tres toques secos y firmes; aguardé un instante sin obtener respuesta, de modo que insistí una vez más con idéntico resultado. Las emociones se me revolvían en el interior, mientras ordenaba mis ideas en pro de conservar la calma, concentrarme y expresarme de la forma más correcta cuando la mujer atendiera. Lo cual nunca sucedió. Desorbité los ojos hacia un pequeño espacio entre la cortina y la ventana, por el cual se filtraba el interior de la modesta y corriente vivienda. Donde podía verse una lámpara de pedestal, unos muebles viejos; la cocina, una silla plástica frente al mueble del ordenador. Pero no había rastros de Michael o la madre.

Inspiré hondo y recordé que probablemente lo estaría llevando al transporte escolar, aunque me pareció temprano para eso, empero, no tenía sentido seguir ahí de pie como un fisgón.

Giré y salí de nuevo a la calle con cierta sensación de enfadado. Y avancé por la acera pasando por delante del edificio, rumiando por la lluvia que jamás cesaría. Otro día que iniciaba así, con aquella fiesta diluviana; con nubes en el cielo que se alineaban para dejar escapar su infinito llanto, como un triste coro sepulcral. El viento fuerte se azotaba contra los muros y ventanas como pisadas de caballos, galopando una llanura, y en las calles el agua borboteaba espumosa.

A pocos metros aguardaba serena mi coraza protectora, apuré los músculos y en breve mis pasos me ubicaron en la cherokee. Con mi objetivo definido abrí la puerta, subí e inicié a conducir en dirección a la zona de comercios. Al llegar ascendí por una pequeña rampa y me detuve frente al supermercado. Apagué el motor y descendí con el objeto de acopiar lo necesario.

Aceleré las compras lo más que pude, sin fijarme en marcas ni precios, y me inscribí rápidamente en la fila de pago.

—Buen día señor—saludó la cajera. Extendiendo la mano para registrar mis artículos.

—Como está señorita—respondí el saludo.

Aguardé pacientemente que la encargada contabilizara en la máquina registradora la suma de los productos.

—Gracias dije con ligereza. Y al instante salí con un par de paquetes, uno en cada mano y una caja de cigarrillos en el bolsillo.

Llegué a la esquina donde dejé la camioneta y mientras sostenía la puerta abierta descargué los paquetes, di la vuelta; me apunté en el asiento del conductor, encendí el motor y emprendí el camino de regreso.

En la parada me encontré con otros conductores que aguardaban al cambio de semáforo, y una anciana me saludó amablemente. Cuando la luz anunció el paso, cada quien tomó su camino.

Bien entrado en la avenida, la lluvia provocaba arroyos que se habían hecho habituales y fuertes relámpagos advertían el advenimiento de un temporal. Más allá de eso había poco tráfico y no tardé en regresar al apartamento. Donde improvisé un desayuno con huevos revueltos, tostadas, y café negro. Que merendé ahí mismo sobre el mesón.

De ahí me dirigí a la mesa de trabajo, con la esperanza de terminar de una buena vez la propuesta. Tomé mis herramientas de dibujo en la firme intención de vaciar mi cabeza de ideas. Con la esperanza de que la prisa del día fuera benévola.

El mundo entero se redujo a esos objetos inanimados, como una infección recorriendo mi cuerpo. No podía pensar en nada más, mirando fijamente líneas y trazos sin inferir que el tiempo corría a toda velocidad. Mi mente albergaba el génesis de aquel proyecto que concluiría a como diera lugar.

Entre las formas que emergían me sentía feliz, sumergido un momento entre bosquejos y alzados; para luego saltar al ordenador y documentarme del trabajo de Stan Allen, César Pelli, o Santiago Calatrava. Imaginando un día ser tan grande como ellos.

El resto del día la pasé aguijoneado por aquel arresto creativo, y no hubo nada que pudiese contenerme. Podría haberme quedado una semana delineando caracteres, antes de percatarme del tiempo transcurrido. Mi estado de ánimo era ferviente y me alegré sobremanera, al comprobar que paulatinamente mi idea cobraba la vitalidad que acometía infundirle. De ese modo, continué haciendo ajustes y poniendo orden en las ideas que continuaban esparciéndose sobre el pliego, como un regalo divino que lentamente vaciaba mi cabeza. De pronto emergió ante mí la silueta de aquel castillo moderno, que entre muros, subterráneos y columnas; iba ofreciendo un aspecto pleno de vitalidad.

A pesar de sentirme cansado, no resultaba en absoluto torturante y el lápiz continuaba marchando con fluidez. Haciéndome sentir un corazón vivo y latente dentro de la carne que cubría los músculos del tórax.

Pero de pronto emergió en medio de aquel silencio, el sonido del golpetear en la puerta; una interrupción inesperada de la que no conseguí acertar su procedencia. No se me ocurría quien podía importunar mi tarea ¿Acaso Rita o tal vez John? Solo entonces me percaté de la hora mientras avanzaba hacia la puerta. Eran las cinco menos quince. ¡Vaya que era tarde! Y había olvidado por completo llamar a Rita.

<¿Será ella?> pensé.

Pero al abrir sin retirar todavía la cadena, me encontré con el rostro acaecido de un mozalbete de escasos años; uniformado de overol naranja con blanco y un caso de motocicleta en la mano.

—¿Sí? dígame —pregunté.

—Traigo correspondencia para el señor Gabriel Dickens.

—Claro. Puede entregármela—indicó sin abrir del todo, forzando al cartero a estirar su brazo entre el espacio abierto y el marco de la puerta.

—Debe firmar aquí—indicó señalando el comprobante de entrega y alcanzándome un esfero.

—Que tenga buen día —se despidió, luego con tono amable.

De cualquier modo me alegré de abandonar por un instante mi tarea, puesto que iniciaba a sentir un fuerte dolor en el cuello, ardor en los ojos, y la garganta reseca. Aproveché el momento para ir a la cocina y servirme un poco de zumo de naranja, cruzando de nuevo el salón, rumbo a la silla del escritorio. Me mostré sorprendido por la correspondencia a mi nombre, la cual abrí de inmediato.

Se trataba de una carta que enviaba mamá desde Italia, aquello me resultó una grata distracción. En ella me refería sobre distintas cosas: la torre inclinada, la Piazza dei Cavalieri, el Baptisterio, el Duomo y hasta el Camposanto, o las maravillosas riberas del río Arno. Su descripción dejaba poco quehacer a la imaginación, y se adobaba en el esmero del turista embelesado.

Me mantuve concentrado en las palabras escritas en el papel, y terminé de leerla al cabo de un par de minutos, convocando mis emociones en los vocablos de su despedida:

*“Hijo, siento todo lo que has pasado. Y el haber estado fuera tanto tiempo. Tú sabes las razones por las que me fui, pero mi instinto maternal me dice que te encuentras bien. Siempre tendrás un lugar en mi corazón. Te deseo lo mejor”*

*Mamá.*

Dejé escapar un suspiro doblando de nuevo el papel, y lo dejé escurrir entre mis dedos guardándolo en la cajonera. Entonces tecleé con el dedo indicé en el ordenador, para regresar a mis tareas.

Aun cuando sus excusas me resultaron un tanto chocarreras y su tono un poco artificial. En realidad me alivió tener noticias tuyas, y saber que al fin las cosas parecían mejorar para ella. No podía desconocer que era una mujer realmente encantadora. Seguramente la persona más agradable que había conocido; sin duda merecía lo mejor. Y su carta me transfirió de la inflexión de entusiasmo que describía en sus grafías.

Permanecí sentado con las rodillas juntas y las manos recogidas sobre el teclado. Preguntándome cómo era posible sentir esa nostalgia por alguien que hace tanto había partido y de quien el pliegue de sus labios, apenas si se abría para hablar unos minutos por teléfono. Pero así era, y no cabecearía sobre ese asunto.

Tal y como había acordado dedicaría el resto de la jornada a concluir mi estimado propósito de entregar a Holbein, una presentación destacable.

Pero antes de eso me puse de pie, y en el equilibrio de la lasitud que estimulaban la hora y la lluvia, y seguramente la falta de almuerzo. Caminé hacia el ventanal, al cual me llevó la perspicacia de saber si Michael y su antecesora ya estaban de regreso. Este ejercicio lo repetí sistemáticamente durante toda la tarde, evidenciando una prolongada ausencia que era visible a través de la cortina.

Antes de retomar el camino del diseño, saqué el teléfono móvil de mi bolsillo para llamar a Rita. Como de costumbre, el buzón de mensajes se tragó un par de minutos, antes que ella contestara.

—Hola cariño—saludé al obtener respuesta.

—Hola ¿todo bien?—respondió ella y me resultó muy fácil colegir su estado de ánimo.

—¿Algún problema?— indagué con voz serena queriéndola hacer sentir en confianza.

—No. Nada, todo bien. Solo un leve catarro—aseguró—¿y tu como estas?

—Bien... Bastante bien. Terminando la propuesta para Hamm.

—Ya veo ¿y cuando la entregaras?

—Pues la verdad estaba pensando llevarla mañana mismo.

—Que bien ¿y en cuanto tiempo tienes respuesta?

—Bueno, realmente todo depende de Holbein. Es él quien debe revisar mi propuesta y decidir si se ajusta a lo que Hamm está buscando—dije, evidentemente más emocionado que ella.

De pronto hubo un silencio del otro lado.

—Hola—dije de nuevo.



—Sí. Aquí estoy—respondió Rita del otro lado con un reconocible tono de tristeza que me resultó inesperado. Dada la buena noticia que le estaba refiriendo. Y que supuse, también sería motivo de alegría para ella.

—Dime Rita ¿ocurre algo?

—No porque lo piensas—sonrió disimuladamente.

—Tal vez sea por tu tono de voz ¿no lo crees?

Ella hizo una pausa y contestó transcurrido un rato.

—Mira lo siento. Es solo que en este momento voy conduciendo, y sabes que esto no se me da muy bien—indicó como si se le formara un nudo en la garganta.

—Bien, si tú lo dices—asentí.

Me incliné a pesar que simplemente se trataba de un mal día, como nos ocurre a todos. Y quise hacerlo sencillo despidiéndome enseguida.

—Bien cariño, que tengas una buena tarde. Te llamo luego.

Sentí que algo se me escapaba, pero no pude acertar que era. Sabía que ella estaba triste por su situación familiar, pero creí acertar algo más en su voz que se inflamaba con cada respuesta.

—Adiós. Te llamo luego—se despidió con cierto ahogo, como si evitara decir cualquier otra cosa.

Interrumpí la llamada y me encogí de hombros desconcertado, seguro de que algo ocurría. Luego dirigí la mirada a la mesa de dibujo, lo cierto es que no había tiempo de distracciones, y el desaliento de Rita, era la excusa ideal para evitar nuevas interrupciones.

Clavé los ojos sobre el folio como un cazador en su presa y sin más palabras me proveí de mis herramientas. El reloj consumió rápidamente los minutos restantes de la tarde.

Sonreí cuando consideré cumplido mi proyecto, viendo la grandiosa coherencia con mi idea inicial. Sin duda confiaba que mi esmero me daría ventaja.

Al concluir mi dedicado quehacer, me desplomé en la habitual tradición del sofá, frente a la tele. La tarde fue traicionada por las manecillas del reloj, que sin aviso se amancebaron con la noche. Un resuello frío y un manto nevoso cubrían el apartamento y en el ventanal se resbalaba como pesadas gotas que se abatían hacia el suelo. El envés del edificio de Michael apenas se distinguía. Me aupé de mi descanso apurando el paso para dar una última ojeada; el resquicio del callejón era un lugar sombrío. Me encontraba sosegado con la cabeza clavada en el vidrio, corroborando la inusitada ausencia de mis vecinos. Cuando de pronto un golpe seco acompañado de un grito, impactando contra el vidrio, me lanzó hacia atrás.

—¿Quién anda ahí?—inquirí con voz trémula, pero nadie respondió.

Seguido vino un bisbiseo que sobrepasaba el ventanal cerrado, a través del cual podía escucharse, como un lamento que se extendía por el callejón. Finalmente, con las piernas temblorosas me asomé, pero no vi a nadie.

Respiré profundo e intenté recobrar la calma, supuse que sólo se trataba de uno de los vagabundos, que se infiltraba en aquel corredor. Y que mi mente estaba sobredimensionando el temo; de cualquier modo no bajaría a comprobarlo. Era un fastidio ¿Cómo podía pasar algo así? Sin que las autoridades hicieran algo por evitarlo, a pesar de las constantes quejas de los moradores. Pero que más podía esperarme, una acción ejemplar de quienes correspondía. Claro que no. La inseguridad no responde al llamado de la ley.

No requerí de otro sobresalto para desistir de mis pesquisas, revisé que el ventanal estuviera bien asegurado, y avancé hasta la cocina, empero, me siguió una innegable inquietud por el hecho reciente ¿si realmente alguien podía acceder al segundo piso e ingresarse en el apartamento? Aunque remota, era una posibilidad, y solo me quedaba confiar que esto no ocurriera durante mi ausencia.

Abrí la alacena y tomé un par de rodajas de pan que extraje de su bolsa, luego saqué una soda del frigorífico y me dirigí al sofá; encendí la televisión e hice un espacio para las noticias.

Una hora después, el eco de mis pasos rechinando en el suelo de pinotea, me siguió por el pasillo hasta la habitación. Mi cuerpo encalló en el cuarto, agotado pero sin sueño. Me había convertido en el bedel de las noches de Treum y me inquietaba un día más sin lograr un adecuado descanso. Me saqué la camisa de la sudadera, los zapatos y las medias; descargándolas sobre la cómoda y con la decepción de mis ojos completamente despiertos, me tendí en la cama. Apagué la luz, pero el rubor exiguo de un fanal de la calle, era suficiente para avivar mi desvelo. Y a pesar del entusiasmo que convenía presentar la mañana siguiente

mi propuesta a Holbein, apenas si dormité durante toda la madrugada, abriendo y cerrando los ojos todo el tiempo.

## CAPÍTULO XXV, DE NUEVO EN LAS OFICINAS DE HAMM

Al otro día, temprano, luego de una revisión general, volví a pensar que me alegraba el aspecto de mi trabajo. El cambio en mi estado de ánimo era notorio esa mañana. Sin embargo, transcurrido un momento mientras repasaba las formas del plano y los alzados, me invadió cierta reserva que luego se convirtió en duda, ¿acaso me estaría precipitando al llevarlos sin cita previa? Tenía la mente nubosa, y advertí que solo hasta esa mañana dudaba de mi propósito. Empero, me limité a ajustarme a mi plan, pasara lo que pasara.

<No, no. De ninguna manera. Esto está decidido>me dije a mí mismo. En la convicción de encontrarme con una noticia positiva.

Liberé los planos de su rígido soporte para enseguida enrollarlos, sabiéndome afortunado por el talento que tenía. De inmediato tomé un par de portaplanos e introduje en ellos mi adeudo y mis sueños. En ellos reposaba una muestra de idoneidad. No era simplemente que le estuviera sacando brillo a mi propio ego, tenía la certeza de ello.

Una ducha rápida, un prolijo afeitado y un sastrero color gris Oxford, uno de los únicos dos que tenía, me dejaron suficientemente presentable. Para ese instante había logrado despejar mis dudas. Pensé en tomar un café antes, pero soslayé esa opción y me dirigí directo a la puerta luego de tomar los portaplanos y dar una última ojeada a mi carta de presentación, que tenía lista en el ordenador hace unos días y la cual había impreso la noche anterior.

Asomé la cabeza por puerta, salí a paso rápido y poco después estaba cruzando las calles de Treum.

Media hora me tomó personarme en la fachada de la suntuosa B Tower. Luego de aparcarme en el costado contrario, como el día anterior, crucé la calle y me enclavé en el edificio dispuesto a presentar mi propuesta. Al llegar reinaba un profundo silencio que se intensificaba en la oquedad del espacio.

Me aproximé al lobby y saludé al guarda. En la recepción había un par de jóvenes ejecutivos que hablaban con él, de modo que aguardé mi turno. Entretanto, me distraje en los detalles arquitectónicos de aquella amplia superficie.

Luego de algunas indicaciones, los dos hombres fueron directo a los ascensores. Entonces el guarda se dirigió a mí:

—Buen día, ¿En qué puedo ayudarlo?

—Gracias. Buenos días—respondí el saludo— me dirijo a la oficina 508.

—¿Tiene usted cita?—indagó.

—La verdad no. Simplemente he venido a dejar unos documentos para el doctor Holbein—

—Aguarde un momento por favor—dijo el hombre mirándome atentamente.

Luego tomó el teléfono del mostrador y marcó un par de números. Entretanto, yo aguardaba impaciente que me permitiera seguir. Al instante dirigiéndome nuevamente la palabra preguntó:

—¿Su nombre?

—Dickens...Gabriel Dickens—indiqué.

Un bisbiseo escapaba por el parlante telefónico, mientras el hombre anunciaba mi arribo:

—Si buenos días. El señor Gabriel Dickens viene a dejar unos documentos para el doctor—dijo mi interlocutor, haciendo un ademán en señal de espera. Mientras el inentendible cuchicheo se podía escuchar desde mi ubicación. Enseguida descargando el auricular anunció:

—Puede seguir señor ¿conoce la oficina?

—Si claro. Gracias, con permiso—dije virando hacia la derecha y avanzando unos ocho metros hacia la zona de elevadores, rayano a las escaleras.

Me detuve frente a la cancilla de matiz argento y oprimí el botón de llamado, aguardando pacientemente que la pesada caja metálica se descolgara hacia el primer piso.

Al cabo de dos minutos se abrieron las puertas. Para entonces no podía saber que tan cerca o lejos estaba la buena fortuna. Lo único cierto es que el ascensor acortaría la asunción de mi nerviosismo.

Asenté el botón señalado con el número cinco, y sujetando la puerta esperé que subieran una señora ataviada con vestido floreado y un hombre joven de traje deportivo. Retrocedí un par de pasos y seguí sin moverme el resto del trayecto.

La señora quien se quedó en el piso tercero, antes de salir volvió por un instante y con un gesto pareció despedirse. Sonreí y asenté con la cabeza.

El viaje del cesto de metal hasta mi destino tomó tan solo un breve un instante.

Cuando salí al pasadizo que conducía a la oficina me sentí pequeño, declinado al incierto destino en medio de toda esa magnificencia; minúsculo en aquel alargado espacio. Respiré profundo y avancé con pasos largos. Entre más rápido me anunciara menos tiempo consentiría a mis dudas.

Al fin ahí estaba “*oficina 508 Consorcio Hamm*”

<Uno, dos, tres> contabilicé, tomando una bocanada de aire, antes de tocar la puerta.

Toc...toc...toc di tres golpes suaves pero firmes.

Del interior del salón escapaba una voz, probablemente la menuda secretaria hablando con su jefe o atendiendo una llamada telefónica. Enseguida el taconear de pasos aproximándose me hicieron sentir más ansioso. De inmediato el crujir férreo del aldabón se acopló en mis oídos, y la puerta inicio a entreabrirse. Al instante lo hizo completamente. Descubriendo la sonrisa de la secretaria esta vez ataviada con unas gruesas gafas, que en mi visita anterior no recordaba que portara.

—Buenos días señor Dickens, por favor siga—invitó.

—Con su permiso Lidia—dije al ingresarme en la oficina—¿le molesta si la llamo por su nombre?—inquirí atendiendo el nombre del carnet.

—Claro que no. Descuide—dijo ella sonriendo—¿Dice que trae la propuesta para el señor Holbein?—

—Si justamente a eso vengo—asentí.

—Sígame por favor. Tomé asiento—invitó al instante haciendo un gesto—¿Usted y el doctor, ya habían hablado?

—La verdad no desde nuestra reunión—indiqué—

Seguramente le resultaba extraño que me presentara sin aviso, pero de cualquier modo me tranquilicé, pensando que el propio Holbein, había solicitado mi propuesta formal, para el proyecto.

Me senté por un momento, mientras desenvainaba los documentos, bosquejos y demás pliegos que incluía mi propuesta, entretanto, ella regresó a su puesto de trabajo.

Una vez confirmé que todo estuviera en orden. Me aproximé hasta su escritorio para entregarlos, ella les dio un vistazo, ladeando la cabeza de un lado a otro, como si tomara nota del diseño, repitiendo el mismo ejercicio con cada pliego. Ante su aparente interés aguardé que ella hiciera algún comentario, pero sin decir nada al respecto, clavó su mirada en mí y transcurrido un instante espetó sonriente:

—Bien señor Dickens, yo se los entregó al doctor Holbein.

En sus ojos, el contacto con el espejo de las gafas centelleaba el reflejo del aplique led que iluminaba la oficina. Me distraje en ese detalle y en una fotografía en forma de cuadro que había a sus espaldas. No sé por qué como si esperara escuchar de sus labios, alguna otra palabra que nunca brotó.

—¿A propósito como esta él doctor?— atañí como excusa, para constatar su presencia y de paso probar si podría atenderme unos minutos.

—Ahh...él está muy bien. Bastante atareado como de costumbre—respondió ella— como si pretendería anular cualquier intento mío por reunirme con su jefe.

—Ya veo—asentí con desencanto.

—Así es señor Dickens—continuó ella acrecentando una sonrisa en su rostro—el doctor Holbein estará ausente de la ciudad unos días, pero apenas llegue le entregaré los documentos. Puede estar tranquilo.

Quise que me tragara la tierra, mientras la menuda mujer siempre cordial y sonriente, continuaba mirándome con sus pequeños ojos color turquesa, escondidos tras los gruesos espejuelos.

—Bueno, creo que eso era todo. Mil gracias señorita. Confío que nos veamos de nuevo—dije en procura de sus buenos oficios, para la pronta entrega de los documentos que acababa de dejar en sus manos.

Pero de pronto sentí que aquella frase, había tintineado cargada de un virtual coqueteo. Lo cual en absoluto era mi intención.

—Descuide señor Dickens. Cuando me comuniqué con el doctor le daré el recado de su visita. Y apenas él regrese tendrá su propuesta en el escritorio—aseveró ella descartando cualquier posibilidad de malinterpretar mi comentario.

—Gracias nuevamente Lidia y hasta luego—me despedí.

Ella se puso de pie y me acompañó hasta la puerta.

—Hasta pronto—expresé de nuevo.

—Hasta luego, que tenga buen día—respondió ella.

Dejé la oficina pensando que en manos de aquella enclenque mujercita quedaba mi futuro, sin embargo, su talante afable, me imbuía de tranquilidad y la seguridad que mi idea llegaría a manos de Holbein. Desandando por el pasillo me detuve en el ascensor. No había nadie más. Pero pronto apareció una mujer de edad avanzada. Por coincidencia La misma que viera antes, quien sonrió de nuevo. Cuando la puerta se abrió cedí el paso y ella ingresó.

—Gracias—dijo con una voz mustia y trémula a la vez.

—¿A qué piso se dirige señora?—inquirí siendo amable.

—El tercero está bien joven.

Al instante señalé su número y enseguida el del lobby hacia donde me dirigía. Mientras descendíamos, esa ancianita seguía con su mirada clavada en mí, lo cual resultaba un poco molesto. Finalmente, en el tercer piso se detuvo el ascensor.

—Aquí está bien Gabriel—Indicó de pronto con una voz solida que no era la suya.

Al abrirse las puertas de elevador giró hacia mí, pero su mirada y semblante era otro. Un algo misterioso, como un fortuito visitante que viniendo de la nada, se encarnaba ocupando el lugar de la anciana. Un ser inédito emergido de la sombras que avanzó sigilosamente hasta mi presencia. Para luego desaparecer frente a mis ojos como una exhalación en el viento.

Las puertas se cerraron y las piernas se me aflojaban. El botón del lobby se había cancelado, así que me incliné y con la mano temblorosa, lo oprimí de nuevo.

Salí apresuradamente del edificio y caminé casi corriendo en dirección a la avenida, con la sensación de aquel espectro sobre mí.

Necesitaba cuanto antes un café y un cigarro.

Retomé la calle donde la borrasca instituía un sempiterno manantial, que afluía por la avenida mutándola en un regato. Levanté la mirada y crucé rápidamente la calle. Necesitaba ese café para tranquilizarme. Llegué a la fachada del Cardinale, en cuyo interior se instituía el lujo del concepto y las atenciones que se ofrendaban en su interior. Pensé en abordar la camioneta y marcharme de ahí, en lugar de eso inicié a caminar nerviosamente, haciendo caso omiso de la lluvia. Sintiendo un tremendo frío que me subía por el cuerpo; intentando procesar lo que había sucedido hace escasos minutos. Miré en todas las direcciones, pero no acertaba ninguna cafetería en los alrededores. Finalmente, visualicé un café en la esquina de Santa Teresa, y Castro; contiguo al edificio de la compañía Brester, fabricante de filtros para aires acondicionados. Avancé muy rápido adentrándome en el local y de inmediato pedí un café doble y un cigarro mientras miraba el reloj: constatando que eran once en punto.

A medida que el tiempo iba pasando, empecé a tranquilizarme y me distraje con la perspectiva de la gente, saliendo y entrando de los edificios; corriendo de un lado para otro como un batallón de hormigas.

Sabía que tendría que habituarme a cosas como la que había ocurrido en el B Tower, aunque careciera de cualquier lógica. Entendí que la maldad rondaba las calles de Treum.

Después de conjurarme en la amarga bebida y el humo en mis pulmones, una vez pagué la cuenta retorné a la ubicación de mi camioneta. Mientras regresaba, trataba de organizar las ideas dentro de mi cabeza que repentinamente resultó un verdadero hervidero de voces.

<De seguir así— pensé—no tardaría en volverme loco>

A medida que me iba acercando a la camioneta, aparcada al otro extremo del B Tower, sentí que un escalofrío que me recorría el cuerpo. La de la anciana era una de las imágenes más extrañas que había visto en mi vida.

Mientras avanzaba, crucé junto a dos militares fuertemente armados, quienes saludaron al verme. Respondí a su reverencia, y al fin llegué hasta la camioneta, abrí la puerta apresuradamente y de inmediato me instalé frente a los comandos. Al escudriñar la avenida que se instituía en un lóbrego pasadizo. Pensé que

podría haber imaginado la sombría escena. Algo que no resultaba descabellado después de los días de insomnio ¿era posible?

Pero al mismo tiempo estaba convencido que se trataba de algo más. Al mirar por la ventanilla veía el oscuro rostro de la ciudad, huérfana del sol que se había marchado sin aviso. Y resultaba particular el sino de maldad que la cobijaba; su descenso hacia inframundos de dolor y fuego era palpable. Me sorprendía y acongojaba esa visión, al sentirme infecundo en mi labor; reflexionando que tan solo hace unos semanas, aquel imperio destruido era mi cotidianidad.

Cuántas protervas acciones, cuantos deslices temerarios; el último fulgorcillo de luz, que para Treum se apagaba. Un pilón de vergüenza, de hermanos agrediendo a sus hermanos. ¡Cuántas veces más aplastaría la inquina esas calles, empujando hacia un lóbrego rincón a sus vecinos asustados!

Por ahora me aguardaba el regreso, concluí descargando el pie en el acelerador y aun en medio de aquel caos, rutilantes luces brillaban para mí: Hamm, la reforma de la parroquia, el afecto de Rita. Precisaba encauzarme sobre aquel camino. En efecto, minutos después había olvidado mis lamentos y remembranzas. De nada servía desandar sobre lo andado, y la fantasía simplemente nutría de ansiedad mi aliento.

## CAPÍTULO XXVI, LOS ANHELOS PARECEN CRISTALIZARSE

La semana siguiente fue particularmente solitaria, sin mayor actividad. Intenté contactar con Rita, pero en las pocas ocasiones que conseguí hacerlo, ella parecía eludirme. Tampoco conseguí hablar con John esos días, le había llamado en dos ocasiones y dejado mensajes con Camila. Sabía que en condiciones habituales, habría respondido de inmediato, pero manifiestamente, su silencio se instituía sobre las múltiples obligaciones que acarrea su labor eucarística.

Durante casi toda esa semana no salí de casa, sentía una profunda impaciencia tan solo cruzar el umbral de la puerta; necesitaba reconstruir mi vida. Erradicar de mi mente aquellas voces que susurraban, retornar a un pasado habitual.

Pero una noche, toda la antipatía que sentía por la conducta humana volvió a hacerse presente. Y me asombró comprobar cómo la poca dignidad aflora con toda sus picardía, en las almas corroídas de los mortales.

Aquel era el mensaje que la noche del jueves me enseñaría, corroborando lo que sabía desde un principio. Sin embargo, esto no era excusa para aliviar el desasosiego en mi corazón y la resistencia de mi ánimo hacia tales proceder. En las arraigadas citas en el ventanal, entre las cuales transcurrían mis noches, en la alerta de una llamada que no llegaba; correos electrónicos repletos de spam, y las páginas del libro de caratula roja, del cual no conseguía avanzar más allá de la introducción. En esta distracción se disciplinaba mi aliento, probando sosegar el golpe de la ansiedad matizado de continuo azote. Y una noche en que mi frente se descargaba sobre aquel impávido vidrio, noté algo que al cabo de un rato mis ojos certificaron irrefutable.

El frío se tamizaba en forma de escarcha sobre la translúcida superficie. Empero, no sofocaba por completo la visibilidad que desde mi torreón, apuntaba al sur de aquel callejón oscuro, que se desplegaba ante mi mirada. Durante toda la semana había espiado el apartamento de Michael, hasta convencerme que la familia se habría ausentado o incluso renunciado a vivir en aquel espacio, y un sentimiento de tribulación me guiaba por el camino de la culpa. En la pavorosa angustia de imaginar aquel niño indefenso en manos de una atolondrada madre.

Entre dichas reflexiones me conmovía esa noche, dispuesto a apuntalar el cortinaje para marchar a mi cuarto. Cuando bajé la vista y me tropecé con una escena inesperada. En medio de aquel angostillo oscuro, la piel de dos amantes se entrecruzaba en medio de caricias salpicadas por la lluvia. Un hombre lisonjeaba las nalgas y muslos desnudos en una ostentación de pericia amatoria; seguida de besos y estrujones compulsivos, que de seguir así conducirían hacia un camino inapropiado. Me aprestaba a dar por terminado aquel bochornoso espectáculo, en el que las carnes estaban a punto de enclavarse en una sola; como recordatorio del gobierno primigenio e instintivo de la especie humana. De pronto sentí una sensación de quebranto al reconocer el inevitable retrato que develó el celaje noctívago. Era innegable, la silueta femenina que se hastiaba de caricias, no era otra que la madre de Michael, entregada en artes libidinosas con su amante.

El encuentro al que asistían esa noche mis ojos, acordaba una especial contrariedad; no porque fuera yo un puritano, sino por la historia que alterna se entrelazaba a la de aquella liviana mujer. La del desdichado niño a quien un acaso nefasto, ligaba con aquella que en ese instante se olvidaba de pudores y de los cuidados que requería su hijo.

De cualquier modo no me sorprendió su proceder, ya estaba al tanto de su naturaleza ineficaz. Y mientras seguía adaptando la vista ante tal lobreguez, y frente a mis narices se revelaba el proceder impúdico de mi vecina; fui sorprendido por el llamado de la puerta. Giré y lentamente avancé por el salón hacia esta, pensando que podría tratarse de Rita, quien llegaba a visitarme. Giré el picaporte esperando ver su rostro, pero al hacerlo un viento álgido, acompañado por un olor nauseabundo se proyectó hacia mí; como si una entidad maligna hubiese ingresado. Cerré de inmediato, sintiéndome agobiado al instante, con la mirada nublada, náuseas, mareo, a tal punto que pensé me desplomaría ahí mismo.

Advertía claramente un olor repugnante que recorría por el aire húmedo, como una deleznable traza de algo protervo. Y las voces que en ocasiones surgían en mi mente, ahora retumbaban con intensidad; como si mi cabeza se revistiera de una aglomeración de personas conferenciando entres ellas.

Avancé hacia el salón descargando mi mano derecha sobre la mesa de dibujo, en la antesala de un inevitable desvanecimiento. Mi respirar era agitado, y un dolor de cabeza muy intenso se me encajaba en las sienes. Apoyando enseguida la otra mano me enganché en el asiento, manifiestamente preocupado por mi salud.

De inmediato lancé mi cabeza contra el respaldar, tumbándome boca arriba, y la luz del reflector que era intensa, de a poco se fue liquidando; luego de un solo golpe mis ojos se cerraron. La sensación era como caer en un profundo abismo, pero al instante volví en mí.

Cuando abrí los ojos la transpiración de mi cuerpo me llevó a apreciar como si una descarga de adrenalina me hubiera sido administrada. Mi respiración se había normalizado y la luz blanca en el techo refulgía con su brillo habitual; al escrutar los alrededores, todo lucía familiar. Pensé que se trataría de algún bajón de la tensión arterial por el reiterado descuido a mi salud. Pero en mi cabeza parecía haber fragmentos de recuerdos difusos, además me vi sorprendido por lo que evidenciaba el reloj de pared, al parecer durante ese lapso que sentí demasiado breve, había transcurrido poco más de media hora. Pensé en lo irracional de todo ese asunto, y más aún cuando a continuación mi mirada se encajó en un trozo de papel librado sobre la mesa en cuyas márgenes, había unas anotaciones escritas con letras torcidas, hechas al parecer por un rotulador negro que se encontraba al lado.

Una revelación misteriosa brotaba de aquel texto. Pero ¿Había realmente algo que no me resultara extraño? Ahora que mis sentidos estaban alerta y la realidad se descotaba plausible ante mis ojos.

Completamente recuperado retorné al ventanal, afuera ya no había nadie. Entonces fui hasta la cocina y comí un par de tostadas con mermelada y tomé un vaso de café. Dirigiéndome luego al cuarto, donde después de cepillarme los dientes, y desvestirme me introduje en la cama; con la agitación de pensar que también esa noche estaría rodeada de desvelos y emociones opresivas. En medio de la oscuridad surgían sombras alargadas, que ya no generaban respuesta en mi macilento estado de ánimo. Y la negrura instituía la habitación en una enorme bóveda, en la que mi cuerpo cansado añoraba un esquivo respiro.

Recostado de lado concentré la mirada en la pared del fondo, dando la espalda a la ventana, y notando el reflejo sutil del fanal de la calle, que apenas se insinuaba sobre el blanco muro. Aquel insignificante detalle fue la distracción en mi desvelo.

La mañana siguiente, me decidí a concluir la sofocante espera, dejando de lado la formalidad de la etiqueta.

Aquel amanecer, hice antesala un par de horas antes de salir del apartamento, con la férrea intención de obtener una cita con Holbein. El trabajo escaseaba y realmente necesitaba que alguno de los proyectos que tenía entre manos, empezara a dar frutos.

Me vestí con mediana formalidad, y tomé una maleta en la que introduje algunos apuntes, era eso o dejar que la ansiedad me siguiera comiendo las entrañas. Y seguramente habría obviado dicho impulso, si mis condiciones fueran otras, pero en ese momento sentí que poco tenía que perder.

Primero pasé por el apartamento de Michael, dando tres toques firmes y sonoros sobre la puerta, obteniendo idéntico resultado al del día anterior ¿acaso la madre lo habría entregado a algún familiar, con quien pudiera estar mejor? Calculé esta probabilidad, pero era menester confrontarle y saberlo de sus propios labios. Lo cual sería irrealizable por el momento. Di media vuelta, descendí avivadamente los escalones,

caminé hasta la avenida. Antes de abrir la puerta me persigné un par de veces y ya metido en la cherokee, la saqué del arcén e inicié el viaje a la B Tower.

Ahora, rumbo a las oficinas de Hamm, miraba por la ventanilla y veía el oscuro amanecer con su preconizado atavío de lluvia. <De seguir así el sol olvidaría el camino de regreso y la tempestad ganaría la batalla>pensé.

Al llegar al edificio y adéntrame en el lobby, me encontré con un nuevo portero, al que saludé amablemente, indicando que me dirigía a la oficina 508.

El hombre indagó si yo tenía cita, y con aire de seguridad como si formara parte de la compañía le dije

—Anuncie por favor que está aquí Gabriel Dickens—

El hombre descolgó el auricular, y enseguida marcó los dos números. Al instante levantó la mirada observándome y para mi sorpresa indicó;

—Siga señor Dickens—señalando el área de ascensores.

—Gracias—dije un tanto desconcertado, mientras me adentraba rápidamente en el vestíbulo.

Sin embargo, a medida que me acercaba a los ascensores, el recuerdo del espectro de aquel día, emergió como un nítido reflejo en mis pensamientos. De pronto, cuando el artefacto se detuvo en seco y sus puertas se abrieron dejando ver el reflejo mineral de su interior, me sentí ansioso con la sola idea de tener que ingresar en aquel espacio vacío. Y dando espera a otros visitantes demoré su marcha, hasta que dos jóvenes amigas y hombre adulto accedieron a su interior.

Resultó un alivio haber sido el primero en dejar el elevador, y despidiéndome de mis acompañantes, enfilé hacia la oficina de Holbein.

Volví para fijarme en el elevador que se alejaba, y una sensación de horror se incorporó en mi cuerpo, recordando la espantosa y extraña imagen en mi visita anterior. Resultó una desconcertante evocación. Con el corazón latiendo aceleradamente, me planté tan pronto como pude frente a la puerta de la oficina. Ahí estaba. Esperando que la menuda secretaria escondida detrás de sus gruesos lentes, viniera a mí encuentro. Toc...toc se pudo escuchar el eco de mis nudillos al impactar la puerta. Muchas ideas parpadeaban en mi cabeza; incertidumbres, expectativas y miedos que durante los segundos de espera, se hacían levadura en mi ánimo. Seguro que la secretaria ya vendría corriendo a atender, en cualquier momento el sonido de su vocecita llegaría a mis oídos. Por alguna razón, tal vez por la tardanza, elevé la mirada corroborando estar realmente en la oficina 508.

Como un sonido de alarma saltaba el corazón en mi pecho. Todo estaba en silencio; el pasillo, el interior de la oficina. Mientras seguía aguardando impaciente. Fue entonces cuando la escuché viniendo desde el interior para romper esa molesta afonía; lentamente su voz se atenuaba, en el indicio de que concluía una llamada telefónica para venir a atender al imprudente visitante.

Me acerqué un poco más, respiré hondo; relajé los músculos, organicé mi cabello y ajusté mi traje.

Finalmente, mi impaciencia concluyó con el rechinar de la puerta al abrirse, y el sonriente rostro de Lidia descubriéndose como una aura benefactora.

—Buenos días—saludé.

—Buen día señor Dickens—respondió ella—por favor siga.

—Debo pedirle disculpas por la intromisión de aparecer aquí sin previa cita. Es que pasaba...

—No, en absoluto, descuide—interrumpió ella contoneándose de regreso al amplio espacio del salón que contenía la sala de espera y su escritorio.

—Por favor tome asiento señor Dickens.

—Gabriel. Puede llamarme Gabriel—dije sonriendo, mientras me sentaba en un extremo del cómodo sillón y ella regresaba a su puesto.

Me volvió la sonrisa de vuelta y consultó:

—¿Le puedo ofrecer algo? ¿Agua, café, un refresco?

—Así estoy bien, le agradezco inmensamente—dije, acometiendo no abusar de su clemente atención.

—De acuerdo. Veré si el doctor puede atenderlo ahora—indicó, para luego murmurar haciendo un grácil guiño—está reunido con alguien.

—Entiendo. No hay problema, puedo esperar—aseveré en su mismo tono vocal.

Ya instalada en su asiento, Lidia descolgó el teléfono que inició a repiquetear en ese instante. Desde mi ubicación su voz era una sutil inflexión, que apenas si permitía distinguir las palabras. A tientas buscó en

el escritorio su libreta, mientras hablaba y tomó algunos apuntes. Luego de terminar la llamada me miró y esta vez el reflejo de las lámparas era una irradiación profunda que disimulaba sus ojos claros.

Entretanto, yo, con nerviosismo encendido aguardaba que la menuda mujer tomara el teléfono de una buena vez, anunciando a su jefe mi llegada. Mientras me hundía en la cómoda placidez de aquel mueble, que para un insomne resultaba un ejercicio soporífero. No tardó en anublarse la imagen de la foto tras de Lidia, el escritorio y hasta ella misma.

<Apúrate mujer me estoy quedando dormido> Aulló mi conciencia intentando mantenerme despierto.

Finalmente, Lidia descolgó de nuevo el auricular y al momento inició a conferenciar.

—Doctor, espero no interrumpirlo. Uno de los arquitectos, Gabriel Dickens, quiere saber si puede atenderlo hoy.

—Claro. Doctor, dígame. Hmm... Ya veo.

Mientras ella hablaba desde la distancia le observaba con ánimo fisgón, y la mirada fija en sus gestos. Ella sonreía, arrugaba el seño, luego asentía. Era como una pantomima plena de incógnitas para mí. Que solo conseguía entretenerme haciendo círculos sobre los magazines descargados en la mesilla de la recepción.

—¡Gabriel!—farfulló Lidia llamando mi atención—el doctor lo atenderá ahora.

—¿Ahora?

—Sí. Como le dije, está reunido con alguien, pero no hay inconveniente.

Entonces incorporándose, hizo un gesto con la mano, invitándome a seguirla. Al llegar al despacho de Holbein, ella misma empujó la puerta, y despidiéndose con una reverencia y una sonrisa, dio media vuelta.

Miré a Hobein, intimidado como si esperara escuchar de sus labios algo como:

¿Quién se ha creído señor Dickens para aparecerse sin mi permiso?

Contrario a eso, en un amable gesto me invitó a aproximarme.

En ese momento, al notar que Holbein realmente se encontraba reunido con alguien; un céfiro de culpabilidad me recorrió el cuerpo, por haberme abandonado al impulso de mi impaciencia. Sentí el envite de pedir disculpas y salir de aquel lugar, pero entonces recordé que no tenía alternativa si quería garantizarme la subsistencia. Al final me infundí de arrojo, crucé el quicio de la puerta y avancé ante su señal con un denuedo de seguridad a cuestas.

Cuando me aproximé, Holbien, luego del saludo me presentó formalmente a su acompañante; quien era uno de los ingenieros de la compañía. Me volví para acercarme a él y saludarlo. Su aspecto era sereno, pero resuelto y sus ojos tenían un tornasol marrón profundo. Vestía traje formal color plata y guindado en una tirilla que le rodeaba el cuello, un carnet con nombre y apellido que lo identificaba como funcionario de la compañía.

Era joven, quizá de unos treinta años, con cabello oscuro y cejas pronunciadas, casi de mi misma estatura. El hombre se incorporó y alargó su mano para saludarme.

—Un gusto señor, soy Juan Carlos Navarro, del departamento de ingeniería de la corporación Hamm—observó mirándome fijamente.

—Es un placer conocerlo ingeniero. Soy Gabriel Dickens—indiqué estrechando su mano.

Entretanto, el corpulento Holbein quien tras el escritorio observaba con una sonrisa, se puso de pie e hizo un gesto indicándome que esperara. Entonces con deferencia se despidió del coligado.

Cuando este dejó la oficina me invitó a tomar asiento y con un dejo de sorpresa en la mirada escrutó:

—Y bien, señor Dickens —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Me volví hacia él en un gesto de sempiterna espera. Sin explicación del ardid, que me llevaba hasta su despacho, en un claro abuso a su hospitalidad. Y mientras mi interlocutor aguardaba por respuesta, solo atiné sentirme profundamente incomodo, revolviéndome en el asiento, con la cabeza exangüe de ideas.

El director me observó de nuevo, limitándose a descargar algunos folios dentro de la cajonera.

Al momento pude reaccionar.

—Doctor, simplemente estaba cerca y pasé un momento. La verdad quería saber qué opina de mi propuesta.

—¡Por supuesto!—exclamó con una sonrisa, mientras clavaba sus ojos en los míos— Ya he visto su propuesta.



Sentí que se formaba un nudo en mi estomago. Y me pareció que su mirada se llenaba de un centelleo extraño. Solo pude asentir apocadamente, mientras aguardaba la respuesta que me sacaría de aquella silla o me ganaría un puesto, en la compañía de la cual ansiaba formar parte.

Enseguida Holbein volvió a tomar el hilo de la charla.

—Descuide Gabriel. Precisamente estuvimos viendo algunas propuestas con la junta directiva, y en realidad la suya nos pareció bastante interesante y aterrizada a la realidad.

Me sentí honrado por sus palabras. Era un admirador de Hamm, no solo de sus proyectos de inversión, sino también del trabajo investigativo en otras áreas. Incluso en alguna ocasión, estando aún en la universidad habíamos leído un artículo, que destacaba a la compañía como pionera en el uso de nuevos materiales estructurales, e impulsora del avance de la arquitectura, y las políticas ambientales, por eso esa sencilla observación, resultaba más que un espaldarazo, la señal de que mi carrera iba por el camino correcto.

—Un análisis interesante. —Hizo una pausa Holbein.

—Sí, claro. Eso espero—sonreí.

En ese instante hizo espacio para tomar unos apuntes en una agenda, y luego de las notaciones sin abandonar el curso del tema, prosiguió:

—Justamente le pedí a mi secretaria que se comunicara con usted para reunirnos el próximo martes. No obstante, aprovechando su visita, voy a explicar brevemente lo que hablamos.

Entonces inició a exponerme que el nuevo centro comercial, se extendería por más de veinte mil metros cuadrados. Y la intención de Holbein, en representación de Hamm, era que armonizara perfectamente con el entorno. Pero además se mantuviera en el tiempo como un símbolo de modernidad y abundancia. Las ideas iban desde la prestancia del costoso mármol, hasta la sencillez del vidrio y el aluminio. Indicó también, que aun cuando los elegidos eran buenos terrenos; los estudios demostraban que constantemente aquel espacio, se convertía en una zona cenagosa. Sobre todo en épocas de invierno tan fuertes como esa. Empero, la compañía confiaba que aquel impase fuera fácilmente superable.

—Claro. Hacemos lo mejor que podemos—Sonrió con falsa modestia—En realidad muchas veces, el nombre de las compañías que aparecen asociadas a importantes proyectos como este; también lo hacen sobre cuestionamientos y demandas. Ya usted sabe de esto señor Dickens, así es el urbanismo. Máxime cuando se ha construido un nombre como el nuestro—indicó luego en tono bromista.

—Es la naturaleza humana —añadí— lo importante es trascender por nuestros logros y no por mera casualidad, o peor aun por desaciertos.

Durante la entrevista continuamos hablando sobre temas bastante técnicos y especializados, modernismo arquitectónico, y demás, que a Holbein parecían apasionarle. Quien con evidente entusiasmo, me guió por el camino de confidencias y pasadizos que usualmente, solo son tratados con el personal encargado del proyecto. Y empecé a notar en su tono de voz, algo que de a poco me imbuía de confianza. Pues de pronto parecía estar pormenorizando conmigo los apartes más relevantes de su conversación con la junta directiva.

—Gabriel, usted como arquitecto conoce las presiones que sobrevienen a proyectos de esta magnitud—dijo.

—Por supuesto— respondí— sin tener la menor idea de las sinuosidades de una inversión semejante.

—En fin lo que el consorcio busca— prosiguió sin dejar de andar sobre el camino que había iniciado— es que este proyecto se materialice a la mayor brevedad. Sobra decir que tendremos que realizar un trabajo concienzudo sin menoscabo del avance vertiginoso.

—¿Entiende a lo que me refiero?—constató enseguida.

—Desde luego. Así debe ser señor—ratifiqué.

Ahora mi desconcierto pasaba a convertirse en el nerviosismo de saber si mis conjeturas eran acertadas ¿Acaso esa charla indicaba lo que estaba imaginando?

<No puede ser tan fácil> pensé. Pero los hechos demostraban que sí, y la sonrisa en mi semblante iniciaba a tornarse imborrable. Cuando menos hasta ese momento.

Sentía que un hombre con su experiencia y bagaje profesional, no tendría por qué revelar secretos semejantes a un perfecto desconocido. Y mis pensamientos solo podían concluir una cosa: la desaparición de todo misterio y la implicación que ello tenía para mi futuro. De momento lo único que faltaba era la confirmación venida de su propia boca.

—Bueno parece que definidos los terrenos, la maquinaria; los potenciales diseños, el equipo y otros aspectos necesarios. Estamos en una línea de acción ideal—observó Holbein—incluso el tema de los

recursos ya está muy adelantado con los bancos. Y por supuesto, todavía más importante: la comunidad demanda estos nuevos beneficios.

—¡Magnífico! —exclamé sintiéndome parte de aquello, aun cuando no había recibido ninguna validación de su parte.

—¿Señor Dickens podría recordarme quién lo recomendó para este proyecto? —Espetó Holbein de sopetón—

Esa pregunta me generó inquietud, puesto que mi currículum había llegado hasta ahí por mi propia gestión.

Pero al instante el propio director devolvió el alma a mi cuerpo.

—O ¿Usted nos contactó por su iniciativa?

—Así es señor. Supe que llegaban a la ciudad y mi deseo desde siempre, ha sido formar parte de un conglomerado tan importante—fui totalmente honesto.

—Bien Gabriel, me alegra escuchar eso. Pues debemos comenzar lo antes posible—expresó levantándose de su solio de cuero con detalles de acero pulido en el apoyabrazos y base cromada, y extendiendo su mano hacia mí dijo:

—¡Bienvenido a la corporación Hamm!

Mientras Holbein pronunciaba aquellas palabras, me daba cuenta de la emoción que afloraba en mi rostro, dibujando la más amplia sonrisa. Simplemente no terminaba por dar crédito a lo que oía. Ahora la luz que tanto había esperado fulguraba con brío.

## CAPÍTULO XXVII, DANDO LA BUENA NOTICIA

Al concluir, el director me miró inmóvil por unos segundos. Luego tomó de su escritorio una carpeta que contenía documentos, para venir entonces a mi encuentro. Enseguida posó amigablemente su mano derecha en mi hombro, estudiándome con sus ojos pardos, y guiándome hacia la salida.

—Gracias doctor Holbein, estoy a su disposición a partir de este momento—expresé con mirada expectante.

—Gracias a usted Gabriel por su interés en formar parte de este desarrollo comercial. Confío que en unos días tengamos una reunión con el resto del personal y la junta directiva; para ultimar detalles sobre la forma de contratación, estrategias a seguir, formulación de equipos de trabajo. Legislación y demás concerniente al proyecto—indicó mientras caminábamos hasta la recepción donde aguardaba la secretaria, quien sonrió al vernos.

Entonces Holbein concluyó:

—Lidia estará en contacto con usted para darle aviso de la fecha.

Entretanto, entregó a la mujer el legajo que ella descargó de inmediato en la bandeja papelerera.

—Estando en contacto señor Dickens—mencionó Holbein, antes de regresar a su oficina. Se despidió estrechando mi mano, y aproveché para reiterarle mis agradecimientos.

Entonces quedé solo con Lidia, quien amablemente dejó su puesto, acompañándome hacia la salida.

—Hasta pronto señor Dickens—dijo

—Hasta luego Lidia y gracias por su valiosa colaboración—respondí y salí camino al pasillo en busca del ascensor.

Luego de tanta expectativa y manos sudorosas, un par de palabras me proveían la noticia que tanto había esperado. No importaban mis indiscreciones, el resultado no podía ser mejor.

Múltiples sentimientos confluían dentro de mí ser. Todo parecía tan simple, que por momentos me costaba darle crédito. Y más allá aguardaba el elevador que mi regocijo conjuraba de espantos.

Sonreí. Y cuando la puerta se abrió, no tuve recelo de la soledad que se instituía al interior del recinto de latón, accedí a este y oprimí el botón de descenso.

Al llegar al lobby me despedí del portero y también le agradecí, alejándome en dirección a la salida del B Tower, con la mirada rumbosa de emoción.

Era exactamente el desenlace que había esperado, y contando los pasos llegué hasta la camioneta, a la cual subí con el júbilo como compañero de viaje. La noticia que acababa de recibir me cambiaba la vida.

Sonreí de nuevo plácidamente, mientras me encaminaba de regreso a casa.

Quería hablar cuanto antes con Rita, independiente de su estado de ánimo y distanciamiento de los últimos días. Eso era lo que realmente importaba. Podía ser el inicio de algo muy positivo para ambos, para lo que soñábamos y hacia donde queríamos dirigirnos.

Finalmente, mis manos giraron el volante y las calles de Treum fueron un paisaje distinto que a pesar de la lluvia se iluminaba de esperanza; Permitiendo que una estrella de la buena fortuna brillara para mí.

En el camino marqué el número telefónico de Rita un par de veces, sin obtener respuesta. Luego llamé a John, para darle la buena nueva. No podía esperar a llegar al apartamento, tenía que decírselo a alguien.

Avancé por las calles de una Treum atrapada bajo su cielo cenizo, completamente ajeno al florón líquido que anegaba sus avenidas. Como tampoco conseguí comunicarme con John, decidí escribir un mensaje de texto.

<Amigo, no vas a creerlo. Por favor devuélveme la llamada, hay algo que debo contarte> tecleé suspirando de entusiasmo.

De pronto, el manto de nubes que cubría el cielo, transformó el día en un hondo ensombrecer. Eché a correr por la avenida principal eludiendo las descargas eléctricas que rasgaban el viento en su convulsivo lamento. La ciudad se abatió en una fosca calina y la visibilidad se tornó casi nula. Por fortuna en breve alcancé la zona de parqueo frente al edificio y descendí de la cherokee, en medio de un clima digno de una tormenta en altamar. Se acercaba el mediodía, y el frío esta vez sí que era intenso. Apuré el paso pero al poco tiempo estaba corriendo, para salvaguardarme de aquel diluvio que se volcaba sobre mi cabeza. Logré alcanzar la marquesina del edificio con el bramido de aquella fiera tormenta a mis espaldas. No se veía un alma en las calles, y los escalones de acceso estaban tan filtrados que parecían estar llanamente a merced del clima. Subí con cuidado de no resbalar en medio de aquel emparado camino. El mediodía se tornó nebuloso, tanto que oscurecía la ruta de acceso. Abrevié el andar, apuré la cerradura y pronto estuve al interior de la seguridad que prodigaba el salón principal, como una franja de claridad en medio de la anticipada penumbra.

En ese momento repicó mi teléfono celular, era John, regresando la llamada.

—Hola Gabriel, acabo de recibir tu mensaje—exclamó del otro lado.

—¿Qué tal amigo? ¿Cómo van tus cosas?—saludé.

—Bien, Gabriel no había podido llamarte, pero ya averigüé algo respecto de lo que hablamos el otro día—indicó con voz animada.

—Ohh, que bien. Gracias—dije.

—Pero primero, dime que es lo que tienes para contarme.

—No vas a creerlo John—expresé con entusiasmo—hoy estuve reunido con Holbein. Y no imaginas lo que me dijo.

Hice una breve pausa.

—Hombre no me digas ¿Es lo que imagino?

Finalmente, hablé con tono satisfecho y una inevitable sonrisa; reconociendo el marcado acento de complacencia de mi amigo.

—Señor, perdone usted, pero está hablando con un funcionario de la empresa Hamm—solté con dejo bromista.

—¿Pues vaya que lo has conseguido mi amigo!—exclamó John—Cuánto me alegro.

—Gracias John, tú sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento.

—¿Y existe alguna posibilidad de que le hagas campo a un viejo amigo?—bromeó.

—Vamos, pues claro. ¿Qué te parece ser mi asistente—proclamé riendo, henchido de jactancia.

—Ya en serio Gabriel—dijo a continuación John—Quien busca y persevera consigue sus objetivos.

En verdad te felicito.

—Bueno, esto hay que celebrarlo al igual que el proyecto de nuestra capilla—exclamé con alegría—. Espero que ya tengamos luz verde para iniciar la remodelación.

—De hecho, podría darte esa sorpresa en pocos días—Afirmó John.

—Y pasando a otro tema, ¿me dices que averiguaste...?—pregunté.

—Bueno hablé con monseñor y como esperaba su respuesta fue conservadora y prudente—indicó.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ya sabes, esta clase de temas requiere de una investigación profunda y concluyente.

—Entiendo.

Quedé en silencio aguardando que el continuara.

—De cualquier modo, Monseñor cree que nunca el llamado de la santidad es accidental—observó John—y según dijo, piensa que el mensaje, es un intento no solo de acercar a la comunidad a sus guardianes espirituales; sino que contiene un asunto importante. Algo que está a punto de ocurrir y podría no ser fácil de entender.

La mención que hacía John era determinante, yo mismo pensaba de ese modo. Máxime cuando estaba claro que las cosas parecían empeorar, desde que viera por primera vez aquella imagen, y escuchara sus misteriosas palabras.

Y aquella falsa tranquilidad que simulaba regir la ciudad, podía ser tan solo un manto de distracción; un escape a lo que se escondía en su trasfondo y atormentaba las almas perdidas.

—Creo lo mismo—asentí.

Mientras él hacía una pausa. Sentí la garganta reseca. Me percaté de que no sabía nada sobre religión, santos o apariciones. Más allá de algún canal de televisión, unas revistas y recortes de periódico; no tenía ninguna experiencia en esos asuntos.

Entonces mientras progresaba la conversación y John intentaba concentrarse en lo mencionado por la autoridad clerical; el reflejo de algo inesperado empezó a emerger. Corriendo el pasador de una puerta que hasta entonces no consideraba terminaría atravesando.

Según me dijo, su recomendación era que visitara a un medico amigo suyo de nombre Bernard Clark. Un psiquiatra a quien, de acuerdo a sus palabras, el mismo había pedido orientación en alguna ocasión.

—Sí. Pero no entiendo—dije extrañado.

—Como dije me parece importante descartar cualquier variable.

—Aja— Asentí con incertidumbre—continua por favor.

—Bueno, pues si te reúnes con Clark, estoy seguro que es la persona idónea para aconsejarte respecto de algunos temas y de paso, vamos buscando una audiencia con el monseñor.

—Ya veo—dije frunciendo el seño, sin que la idea me gustara en absoluto.

—Sé que puede sonar raro Gabriel, pero teniendo en cuenta las circunstancias me parece una buena idea.

—¿Amigo, realmente crees que sea...?

Interrumpiendo John me exhortó de nuevo:

—Mira Gabriel, debemos asimilar todas las opciones. Por supuesto nadie está insinuando que sufras algún desequilibrio. De hecho la sede eclesiástica, aplica este proceso en la mayoría de casos similares al tuyo.

—Bueno tal vez tengas razón—titubeé—¿Pero acaso crees que lo que te mencioné es producto de la fantasía?

—No, no es eso —aclaró John—.

Quedé pensativo y en silencio por unos momentos. Parecía claro que John estaba buscando explicar la aparición, desde una óptica muy distinta a la que yo imaginaba. Debo confesar que al principio me sentí un poco traicionado. Pero de manera repentina, aun teniendo mis restricciones, lo consideré una opción para reforzar mi convencimiento. En el fondo la de John, era una actitud que parecía comprensible. Yo mismo lo había calculado desde un inicio.

—Este doctor no es lo que imaginas Gabriel —prosiguió John—visítalo y habla con él. Es toda una autoridad en temas de psiquiatra, pero también un buen consejero. No lo mires con prejuicio. Pues cualquier información que pueda darte será bastante valiosa.

—¿Te soy honesto? No estoy convencido de esto—observé

—Gabriel, ¿serías tan amable de escucharme esta vez? —insistió John. Señalando las supuestas ventajas de reunirse con Clark—vamos toma un papel y un esfero y escribe el dato que voy a darte.

—Aguarda un momento—dije y al instante regresé con la libreta de apuntes.

—Bien dime.

A medida que John hablaba iba concibiendo mayor desconfianza a su propuesta, y avanzaba deprisa en dirección contraria. Me cruzaron múltiples ideas por la cabeza y empezó a emerger un sentimiento de hastío y duda.

—Amigo, Clark es un hombre bastante influyente en el campo de la psicología local. Es más, sus técnicas podrían ayudarnos a descubrir lo que ocurre o cuando menos a despejar el camino y tomar la dirección adecuada. No lo tomes a mal, te reitero que en casos como el tuyo, la iglesia siempre descarta primero algunas opciones. No sientas que estoy dudando de lo que me dijiste.

Su insistencia me enfiló hacia la disuasión de mi punto de vista.

—¿Gabriel? ¿lo harás?

—Sí, si claro—dije con molestia—Mira Lo siento. En realidad, tengo algo que solucionar ahora mismo. Nos vemos luego.

Y de inmediato colgué.

Giré y miré a mi alrededor con aliento desanimado. Me costaba creer que mi mejor amigo, considerara que necesitaba de un psiquiatra.

<¿Qué pasa con John ¿de dónde saca semejante conjetura?>

No quería tener nada que ver con ningún loquero. No era capaz de pensar que mi visión tuviera una explicación psiquiátrica, y que las inscripciones y mensajes fuera una irrelevancia. Pero mis conclusiones se tornaban ambiguas y no descartaba que John tuviera razón, cuando menos en lo que concernía al proceso que la propia iglesia establece. Finalmente entendí, que incluso la mística debe someterse al juicio de la ciencia, y que de algún modo necesitaba ese aval, si quería ganar aliados en mi lucha. Otra cosa era, que por el momento mi cabeza solo se enfocaba en la buena noticia recibida ese día.

De pronto me sentí en medio de un limbo, como si el ser contratado por Hamm me devolviera a un mundo real, donde el asunto de la revelación no tenía cabida. ¿Y si aquello desaparecía de pronto? Y las visiones y voces se iban.

<Sería lo ideal> pensé— <ya veremos>

Me tranquilizó esa idea, y me sometí por completo al juicio de la razón. En medio de la espléndida oportunidad que se presentaba, me asomé al ventanal y no pude evitar reírme ¿Cómo era posible que mi propio amigo me sugiriera un psiquiatra? ¿Tan desequilibrado lucía?

En ese momento me dejé contagiarse de nuevo por mi entusiasmo inicial. Sin sospechar que aquella calma y alegría de las cuales disfruté brevemente tan solo eran el preludio a lo que vendría después.

Mientras telefoneaba nuevamente a Rita, miré distraído por el ventanal; viendo los árboles azotados por la borrasca y nevados como pálidos espectros, que se doblaban con estremecimiento atacados por una fuerza vigorosa. Los observé durante el largo lapso que parecieron durar los cinco repiques previos a la respuesta proveniente del otro lado.

—Hola—se liberó la suave voz por el parlante.

—¿Qué tal cariño? ¿Estás bien?—

—Sí. Lo estoy—respondió ella—¿puedo llamarte luego? Estoy en clases en este momento.

—Descuida no hay problema—dije.

—Bien. Adiós—se despidió.

Desconcertado por el tono en la voz de Rita, me quedé un momento más frente al ventanal, intentando despejarme de cualquier suspicacia. Aunque infaliblemente aquella llamada había conseguido alterarme el ánimo. En oposición y acudiendo a la renovada confianza que me había inspirado Holbein, me aficioné en otros asuntos. Entre ellos calentar en el horno microondas, la cena procesada que había almacenado hace unos días junto a otras compras. Después de la merienda, un café fuertemente aromatizado y un cigarro; el escritorio con el ordenador dispuesto en el aguardaba.

La gastada aflicción emocional de Rita, tendría sus puntos de vista desconocidos para mí. Pero confiaba que en su momento, cuando menos, me hiciera saber si algo tenía que ver conmigo.

Con todo, me fié que no fuese tan grave, y concluí que Rita tan solo cumplía las directrices que sus malos días femeninos le daban.

Situado en la silla bajé la mirada y acomodé los pies uno sobre el otro, clavando los ojos en la pantalla; en el ejercicio tranquilizador de recorrer las páginas de los correos repletas de spam. Con el reverente interés de acertar algún mensaje interesante, pero ese día no lo hallaría.

Luego di un breve recorrido por las redes sociales, retomando el hilo de publicaciones de conocidos y amigos, entre otros, Wilhem y Fillipi. Algunos arquitectos, maestros de obra y ayudantes, que en su momento habían compartido o colaborado conmigo; en pequeños proyectos. Y con quienes quería conservar la cercanía ahora que se presentaba esta gran oportunidad.

Estaba pensando nuevamente en Rita, cuando repicó el teléfono móvil, y como si de una premonición se tratara, la llamada entrante era de ella.

Alcancé el teléfono y cuidadosamente oprimí la tecla de respuesta.

—Hola amor, discúlpame—expresó sentidamente—he tenido unos pésimos días y te he cargado mi estado de ánimo.

- Nada de eso cariño—dije—¿ha ocurrido algo? ¿Hay algún problema?  
—Es solo...lo mismo de siempre. Creo que soy débil para sobrelvarlo.  
—No digas eso. Eres una mujer muy valiente.  
—Bueno, parece que eres un mal lector de emociones—sonrió ella—porque me cuesta creer lo que dices.  
—Todos tenemos malos días, verás que todo mejorará muy pronto—expresé con aliento optimista.  
—Mira Gabriel, sé que mi conducta de estos últimos días ha sido algo fachosa. En verdad te pido disculpas—espetó ella con voz quebradiza—¿crees que podamos vernos hoy?  
—Obviamente—asentí—¿quieres que te recoja?  
—Por supuesto. ¿Podríamos vernos en la universidad?—dijo con tono aliviado.  
—Claro. ¿A qué hora quieres que pase?  
—¿Puedes a eso de las tres?  
—No hay problema, ahí nos vemos. Te llamo al llegar.  
—Gracias.  
—Descuida.  
—Oye. Te quiero—dijo antes de concluir la llamada.

Con el inesperado giro de la conversación me sentí animado; consciente de todas las pequeñas cosas que implica llevar una relación. Hablar con ella fue suficiente para querer dejar precipitadamente el apartamento. Pero solo era la una y media de la tarde. Aguardé unos minutos más con la ansiedad creciendo dentro de mí y apenas el reloj señaló las dos y quince minutos, tomé mi abrigo y salí.

Afuera la lluvia persistía con su acelerada precipitación, y mis pies parecían transitar en medio de un canal de riego.

Contuve la respiración y formulé mantenerme en mis casillas. No podía culpar a Rita por el traspie de dejar el apartamento en medio del vendaval, y de cualquier manera era sugestivo que su disipación anímica hubiese mejorado. Además estaba ansioso por llegar a la universidad y relatarle la gran noticia.

Estos detalles afloraron en mi ánimo y me permitieron soslayar el sobresalto de las calles, y la brisa helada que se juntaba en el parabrisas como un etéreo celaje.

Pasé vías y avenidas hasta llegar a mi destino, y sin salir del coche, telefoneé para saber donde se encontraba.

Di un par de vueltas sin acertar su presencia, hasta cuando escuché el eco de una voz que a lo lejos me llamaba, era ella, resguardada bajo el baldaquín de uno de los edificios del claustro educativo.

Sonreí al verla tiritando de frío y me aproximé de inmediato. Iba vestida de forma natural con un indigo, camiseta, zapatillas y un abrigo azul.

Ignoré la lluvia y fui a su encuentro.

—¡Hola amor!— se arrojó sobre mis brazos en un cálido abrazo—Gracias por venir.

—Descuida cariño—dije sacudiendo la cabeza—¿vamos?

—Claro ¿podemos ir a un pub aquí cerca?

—Sí. Dime ¿donde es?—acepté.

Me alegraba que todo pareciera volver a la normalidad entre nosotros.

Al llegar al establecimiento, fuimos atendidos por una camarera que nos ubicó una mesa; de inmediato nos sentamos, pedimos cerveza y empezamos a charlar.

Mantuve mi mirada fija en sus ojos, escuchando todo lo que tenía para contar y era raro, porque las líneas parecían escapar de sus labios sin sonido; como si se diluyera frente a mí. Un extraño efecto que debía ser otro juego de mi mente.

—Ya hemos hablado de mí. Ahora dime ¿Cómo van tus proyectos? preguntó.

Torcí el gesto fingiendo que no había novedades en mi cotidianidad. Pero ligeramente la comisura de mis labios se arqueó en una amplia sonrisa.

—¿Qué?—exclamó ella—algo pasó, cuéntame.

—¡Cariño estas frente al nuevo empleado de la corporación Hamm! —finalmente solté.

—¿Quee? No puedo creerlo—dijo ella emocionada, arqueando su cuerpo hacia mí y ladeando la cabeza para darme un beso—¡Felicidades! Es la mejor noticia.

—Me alegro que te haga feliz—observé.

—Pero, por supuesto. Es maravilloso—replicó en voz alta, tomando un sorbo de cerveza.

El resto de la tarde nos relajamos, reímos, y festejamos con unos tragos más la buena nueva. Hasta llevarla a su casa a eso de las seis, cuando Treum iniciaba a oscurecer. Sin embargo, durante el tiempo que compartí con Rita, a pesar de la aparente naturalidad de nuestra cita. Aprecié un indeliberado desapego de su parte, incluso los besos de sus labios se ahogaron en un torrente desafecto. A lo cual preferí restar importancia.

—Ahí está la entrada. Buena suerte—dije al estacionar frente a su casa. Prodigándole luego un abrazo.

—¿No quieres pasar?

—La verdad tengo un asunto que atender.

Rita respiró hondo y bajó del coche.

—Bueno tú sabrás—replicó con incomodidad.

No quise extenderme en el tema, de modo que encendí el auto y partí.

—Nos vemos luego—me despedí.

—Bien, adiós—respondió ásperamente.

## CAPÍTULO XXVIII, ESPERANDO ANSIOSAMENTE UNA LLAMADA

De regreso a casa el vientre del cielo se rompía, y de sus entrañas brotaba un monstruo que rugía, como si su grito fuera un lamento de dolor. Era incontrolable. Conduje lo mejor que pude, casi adivinando la sinuosidad de las calles; alejándome de cualquier luz que percibiera cercana, para evitar chocar contra otro auto. No era fácil controlar la camioneta, y seguramente, lo mejor era dimitir del intento de seguir conduciendo ¿pero donde estacionar? Si no existía camino seguro.

En lugar de tentar a la suerte, continué sobre los límites de mis sentidos hasta alcanzar el edificio. Al salir de la camioneta, entendí la dimensión real de aquel implacable temporal que prendía las alarmas del desastre y no solo estas; sino que los fuertes relámpagos activaban también las de los coches con su bufido atronador. Recibí una llamada de Rita, apenas bajaba un pie del coche, pero enseguida regresé al resguardo de la cabina.

—Sí. Hola.

El ruido de varias alarmas activadas era tan fuerte que apenas permitía escuchar la conversación. Finalmente cesó y suspirando, agradecí la consagrada calma. Afuera, el resplandor pálido de los faros halógenos del coche hería el sendero asfáltico borroneado por la lluvia y el crujido de las ventanas golpeadas por las gotas, se afinaba en un canto letárgico; en su lucha por salvar la barrera hasta caer en el suelo grisáceo.

Al fin pude escuchar la voz de Rita a través del teléfono.

—Hola...ho...la amor...—se entrecortó la comunicación, hasta concluir la llamada. Aguardé un momento y luego intenté llamarla de vuelta, pero la conexión fue imposible.

Como pude escapé hacia el apartamento. Y una vez me amparé en su interior, fui hasta el ventanal, el cual era empujado por una potente fuerza que apremiaba desclavarlo de su marco.

Miré hacia un cielo que hecho añicos, repentinamente se matizó de azul, un azul immaculado a pesar de la hora. Acosados por el fuerte vendaval los edificios y sus ventanales eran castigados con inclemencia. También los árboles más pequeños eran desarraigados del suelo. La tormenta no prorrogó interrumpir el fluido eléctrico, y acto seguido la tonalidad de los nubarrones transitó del azul al verde, cruzando en pocos minutos hacia un matiz naranja, y de este al amarillo. Hasta concluir en visos encarnados, que daban al reino celestial un aspecto sombrío, que oscureció por completo las calles de Treum.

No conseguía apartar la mirada de aquel extraño fenómeno, que incluso desconcertaría a un experto en meteorología. Parecía inverosímil, pero ahí estaba, a la vista de todos. Era como si el fin del mundo se aviniera.

Ensayé imaginar los minutos finales de aquella comunidad, el horror de verse atrapados por su confusión; la ilógica carga de sus pecados.

De pie junto al ventanal, advertí en el cielo las señales apocalípticas y en las oscuras nubes se formaban bestias capaces de convertir al hombre en inestables estatuas de piedra, que el suave golpe de la mano del viento podía derribar.

Entonces sentí que todo retomaba sentido: mi labor, mi sacrificio.

Un par de horas después del extraño evento, el tumulto de nubes oscuras se había dispersado y las inusitadas luces del cielo se apagaron, empero, la lluvia no cesó. Pero el hasta entonces ignorado mensaje se congregaría en las vidas de los ciudadanos a partir de entonces; el momento estaba iniciando, era la hora del asenso hacia planos desconocidos. Pude reconocerlo de inmediato.

Mientras observaba me embargó un profundo dolor, como púas adentrándose en mi cabeza, rompiendo la piel; avanzando hasta el músculo, y lacerando mi cerebro. Padecimiento seguido por una oleada de voces, con sus murmuraciones confusas.

Tuve que alejarme en dirección al escritorio y tomar asiento. Con la visión nublada, intentando llenar mis pulmones de oxígeno; mientras descargaba la espalda en el respaldar del asiento, sintiendo que levemente el malestar disminuía. Oprimí las sienes con los pulgares y así aguardé un momento hasta sentirme completamente recuperado. Luego cerré los ojos intentando entender que estaba pasando, pero tan pronto como había llegado el ramalazo desaparecía. Así que no podía asegurar que se tratara de una condición clínica.

Continué sentado por unos minutos en idéntica posición, hasta percibir en los distantes intersticios de mí atontada cabeza, un poco de sueño.

Giré el cuello de un lado para otro, pero el dolor que hasta hace poco me taladraba las sienes, parecía haberse disipado por completo.

Una vez concluido el estado de turbación, el letargo se hizo cada vez mayor. Y resultó una sensación alentadora, al colegir que esa noche podría dormir, puesto que el feraz sopor, era disímil de cualquier otro que hubiera sentido los últimos días.

No quise perder tiempo y dejando la silla; apagué un par de luces que estaban encendidas. Irrumpiéndome de inmediato en el pasillo oscuro, que ofrecía una visión misteriosa. Mis pasos tenues enfocaban el camino y el ensueño reverberaba en mis parpados, apuntando al descanso.

Al entrar en la habitación la puerta estaba abierta y la cerré tras de mí. Escruté la estancia con ojos cansados, vacío de cualquier de aliento; luego seguí la dirección señalada y con sigilo, me inscribí bajo las sabanas para no espantar el adormecimiento. Una sensación cómoda fue el último reflejo de mi mente. Y esa noche gocé la sensación de la siesta. Cuando menos hasta las tres de la mañana, hora en que fui sacudido por el centelleo astral de una nueva aparición.

Extrañamente esa vez no tuve miedo, aun cuando resultaba un advenimiento inesperado. El escalofrío que estremeciera mi cuerpo la primera noche y el profundo pánico que suspendiera mis sentidos, habían desaparecido. Ahora estaba frente a ella, como si fuera un devoto creyente, que acertaba la paz en los vocablos de la entidad divina. Y su voz se albergaba con naturalidad en mi mente y alma, llenándome de expectativas más no de temor.

Concluida la revelación, volví a notar que me invadía la somnolencia; un profundo letargo que arrebatava mi conocimiento. Y como un eco lejano nuevas voces. Sabía que estaba sentado al filo de la cama, mientras la visión se me iba nublando. Pero antes de desplomarme en un soporífero sueño, recordé las palabras de John ¿Acaso estaba imaginando todo aquello?

Sin embargo, desde entonces las revelaciones empezaron a sucederse con mayor frecuencia, unas seguidas de otras. Antiguos misterios fueron revelados como espada que atravesaba la piel, y convertía a la ciudad en una gran tumba de almas errantes. La maldad era un maestro hábil en sus juegos, y a su paso dejaba brotar una línea roja de muerte; la comunidad lentamente era empujada a su destino, y un largo y oscuro túnel me distanciaba de ellos, pero la voz de la mujer guiaría mis pasos.

Aunque pasé unos días bastante tranquilos, empezaba a completarse una semana desde mi reunión con Holbein, y me impacientaba que su llamada no llegara. No era un periodo excesivamente ocupado en mi vida y me distraía entre bosquejos, correos, redes sociales y un par de encuentros apresurados y desprovistos de apego, con Rita y su chocante cambio de humor.

Así se completó una semana, si bien como dije antes calmosa para mí, resultó la peor de todas para Treum, durante ese tiempo estuve prácticamente confinado a mi espacio personal. Escuchando en silencio los terribles informes noticiosos, en los cuales se revelaba la animadversión, que conducía a la comunidad hacia un camino de odio asesino. Para sumar sólo de vez en cuando algún breve comentario deportivo o de farándula; evitando entorpecer aquello que para los medios de comunicación realmente vendía. Borbotones de corrupción que fluían como el elixir conspicuo de una sociedad moderna ¡Vaya chiste! Llamarle de esta manera.



Tan solo una semana, solo eso.

Asesinatos, secuestros, tráfico, miseria, protestas, violaciones, abusos, vientos de guerra, recorrí la pantalla con celeridad, viendo los avances informativos y un par de líneas en cada titular, finalmente, todo ello logró cortarme la respiración ¡No...no quería saber más de eso! Era siempre lo mismo.

Enjambres de abejas sin colmena que vagaban errantes por el mundo, llenando las calles de miseria. Una broma sin gracia, una tragedia sin llanto; todo ocurriendo al mismo tiempo. En cada ciudad del mundo, incluso en Treum.

Los canales amarillistas mal llamados medios de comunicación, servían solo a sus propios propósitos; sin razón ni justicia. Se alimentaban de las tragedias cotidianas, con morbo se abalanzaban al escándalo, promovido por almas descarriadas sedientas de poder y figuración; ensombreciendo el corazón de la comunidad.

El mes anterior para mi desazón, la ciudad había sido incluido en el top de las más problemáticas e inseguras; sus otrora fascinantes calles se tornaron en un devenir de calamidades. En el blanco de las tragedias personales de sus habitantes. Y esta semana revalidaba dicho albur.

El mensaje que enviaba la ciudad de Treum, era claro, solo los más valientes podrían sobrevivir aquel caos; sin que los sentimientos se le hicieran añicos. Por desgracia, todos aquellos hechos se incrementaban, y se relataban escalofriantes historias que llegaban a mis oídos.

De a poco me convertí en un hombre enclaustrado entre cuatro paredes, cuyas escasas distracciones pasaban por navegar en la web y bosquejar diseños arquitectónicos que probablemente nunca verían la luz.

Eventualmente salía, para comprar víveres o intentar contactar a Michael y su joven madre; los cuales inicié a persuadirme, parecían haber dejado el barrio. Al regresar al apartamento me sentía totalmente derrotado, avanzando por un laberinto sin salida; con un sentimiento de culpa que me embargaba.

Una sombra macabra desgarraba la piel de Treum. Las heridas sangrantes de sus ciudadanos, de a poco, suscitaban un mandato sorprendentemente; la comunidad decidió hacer justicia por su cuenta. Pero sus presunciones apuntaban hacia múltiples y confusas direcciones, y la tinta de los periódicos y los medios televisivos no hacía más que exacerbar los ánimos con sus imágenes explícitas.

Se trata de algo común en tiempos de crisis. El poder reinante se aplica a la justicia por medio de la represión. Y cuando aquellos que deben impartirla fallan, del ideario común emergen los símbolos de anarquía y degradación de la sociedad.

La asimetría que adjudicaba la maldad, logró convertir en poco tiempo a Treum, en un vago reflejo del resplandor alguna vez conseguido; un simple rescoldo sofocado que en su interior alentaba un corazón marchito.

En el ojalá de una citación que no llegaba, inspiraba hondo ensayando santiguarme por un instante de la frustración que sentía.

La mañana del viernes decidí llamar a la Corporación Hamm, y aquilatar con la cordial Lidia algún tipo de información, esperaba que me comprendiera y sentía que en realidad podría hacerlo. Empero, al contestar, me ratificó que la reunión todavía no se programaba y que ella estaría atenta a notificarme cuando así se lo ordenaran.

Con amargura concluí la llamada, sabiendo por experiencia propia que cuando un asunto se dilata de esa manera, nada bueno puede venir tras eso. Mi infructuosa consulta me dejó aún más desesperado; amargado me senté en el sofá y encendí un cigarro, con la mirada distante en el horizonte de la sala. Sin conclusiones ni pensamientos.

Los minutos se hicieron horas y la noche me sorprendió de nuevo solo. El furor de mi ánimo me recordaba la mortalidad de los días. Ellos siempre sucumben y nosotros trascendemos al crepúsculo, simplemente para ver morir otro día.

Con todo mi desanimo decidí dejar atrás el encierro, en un reflejo de adaptación. Tomé el teléfono móvil para llamar a John, puesto que con Rita acababa de colgar hace unos minutos, y esa noche tampoco nos reuniríamos. Mientras esperaba respuesta el desasosiego suspiraba en mi pecho, tal vez, no estaba dando el tiempo suficiente a la llamada de Holbein. Esas cosas siempre tardan, solo hay que esperar el momento justo. Ese resultaba un análisis asimilable y conforme de una persona madura. Pero insuficiente para aminorar el estrés que condujo mis pasos, luego de terminar la llamada sin obtener contestación.

Fumé de nuevo y pronto mis pasos me habían conducido directamente a la salida; ahora estaba en la calle parado sobre el sardinel, frente a la camioneta. Con la inminente premisa de adentrarme en las noches de Treum.

La parroquia se instituyó como el único fin de mi trayecto. El repiquetear del teléfono móvil trajo consigo esa confirmación inesperada; al observar una llamada perdida de John. Luego de tres intentos fallidos por lograr la comunicación y un par de mensajes de texto sin respuesta, el colofón de mi mente fue tácito

<Me reuniré con John>

Al llegar la capilla que siempre estaba inundada de luz y feligreses; noté que aquella noche se veía lóbrega y deshabitada, envuelta en una atmósfera de frialdad.

Aparqué y luego me dirigí al despacho cural, pero la puerta estaba cerrada, lo cual me generó extrañeza. Sin embargo, di unos toques suaves e hice antesala a la respuesta. La lluvia lloriqueaba sobre la cornisa y las gotas caían en mi cabeza. Tres o cuatro minutos y otro golpetear en el tablón de madera, me convencieron que no había nadie. Entonces, con aliento resignado di la vuelta hacia la entrada principal de la parroquia. Pérfidamente me volvió a ganar la imprudencia, como ocurriera hace ya muchos días, claro, el contexto esta vez era completamente distinto. Bajo el tejaro de la portezuela principal, observé con atención si John estaría celebrando la liturgia en el espacio pleno de sillas y ocioso de feligreses. De pronto oí el suave susurro de una voz desconocida, que escapaba del interior del santo templo. Y mientras prestaba atención me resultó confuso encontrarme con la figura de otro sacerdote; que tintineando una campanilla daba inicio a la ceremonia.

Sin cambiar de sitio eché un vistazo al interior, donde se podía apreciar el altar mayor con su solio, la imagen de Jesucristo liberándose de su yugo; un mural con la imagen de la virgen, además del resplandor lumínico de modernas luces, que reñían con la consonancia de la antigua construcción. El nuevo sacerdote a diferencia de John llevaba gafas, era regordete y su cabello platinado casi blanco. Aquel detalle me sorprendió y probé comunicarme con John una vez más, pero la llamada fue directamente al buzón de mensajes.

Desconcertado alcé la vista para dar una última mirada, y me percaté que del interior algunos ojos se clavaban en mi reflejo sobre la puerta.

Mi fisgoneo se detuvo en seco, y en medio del espacio abierto, mis pasos avanzaron rápidamente en busca de la salida.

<Supongo que John estará de viaje. Eso debe ser> me dije. Mientras conducía de regreso al apartamento. Intentando orientarme en medio de la brumosa noche.

En la acostumbrada luz del semáforo con su refulgencia rojiza, me detuve. Aguardando que el cambio me permitiera seguir transitando las avenidas solitarias; a pesar del intenso frío llevaba la ventanilla casi a media altura y mientras aguardaba encendí un cigarro.

De repente, sentí a mis espaldas una presencia aproximándose, que en breve estuvo a mi lado. Giré para observar de quien se trataba, rogando que no fuese un asaltante. Entonces me encontré con un hombre de fisonomía desagradable y perfil brutal; vestido con traje negro. El reflejo del semáforo dejaba a la vista un rostro deformado y retorcido, y su contextura era robusta pero gibada. Con vigor descargó su mano sobre mi hombro, y los ojos purpúreos bajo las cejas fruncidas me miraron fijamente; al principio sin exclamar dicción. Luego con toda naturalidad pareció querer simplemente una limosna, sin embargo, al instante como arrebatado por una entidad misteriosa inició a pronunciar incoherencias mezcladas con oraciones:

*“señor tu eres mi pastor...”*

Seguido de un par de plegarias más y al instante continuó señalándome y exclamó:

*“Tú has sido elegido, tu portas el mensaje...egoísta...egoísta”*

De inmediato pisé el acelerador, sin precisar si el semáforo había cambiado; sintiendo una energía adversa que fluía en el ambiente.

Avancé lleno de pánico sin discernir el extraño reniego de aquel sujeto. Pero poco después entendí que ese algo anómalo, que se cernía en la realidad de Treum, estaba relacionado con la revelación que yo pretendía ignorar.

Reinaba la noche y mis sentidos se activaron, en un estrepito de voces; como ruidos entremezclados al interior de mi cabeza, que traían consigo una sensación de incontrolable enervamiento. Probé escuchar con silenciosa resignación la terrible barahúnda que invadía mi cráneo, limitado de cualquier pensamiento; evitando interrumpir los sonidos que emergían a borbotones en el impulso de esas voces.

Poco después la noche emergió como cualquier otra, en cualquier punto de la ciudad: personas, comercios, agentes policiales, y luces iniciando a apagarse al interior de los apartamentos. También yo ansié alcanzar el descanso, y de aquel objetivo me separaban cuando mucho cinco minutos. Mientras conducía la

cherokee en dirección al norte, acorté camino por un viejo sendero alternativo a la avenida principal, conocido como la ruta 28. Una vieja carretera deteriorada, pero que en ese momento consideré un camino más seguro para mí.

Pronto apareció la silueta de la callejuela de acceso, antepuesta a la efigie de la torre de apartamentos, y luego las luces del parque a medio iluminar.

Apunté hacia la bahía de parking, entretanto, recordaba la promesa que albergaba, y que hace poco no habría sospechado. No resultaba una visión en absoluto romántica sino por el contrario abrumadora. Era agobiante reflexionar la enorme lista de cosas por hacer y discurrir sobre el resultado de llegar a fracasar.

Me vi obligado a espiar mi propia conducta, a escrutar el lóbrego pasillo de la renuencia, que me había llevado a soslayar el designio de la revelación.

Al llegar a casa fui directamente al cuarto de baño y enjuagué mi rostro. Cuando levanté la mirada para observarme en el espejo, resultó evidente que la tensión acumulada, había pasado factura a mi mente y a mi cuerpo. Era obvio, bastaba con observarme, no necesitaba que otros lo corroboraran. Me había convertido en un simple reflejo de lo que era; mi mirada indefinida y dudosa había perdido la vivacidad, atrapada entre unos ojos gastados y exangües. La barba rala reverdecía en el mentón cuadrado, y el cabello en las sienes empezaba a adornarse de disimuladas canas.

## CAPÍTULO XXIX, PROYECTOS QUE SE ARRUIANAN

Durante la noche había despertando varias veces sobresaltado. A causa de sueños repletos de escenarios extraños sombríos.

De pronto mi entorpecido descanso fue estorbado por el repicar del teléfono móvil. Al abrir los ojos observé el cuarto desconcertado, sin saber si era el día o la noche, pues la iluminación era exigua. En un principio creí que el silbido provenía de la alarma, pero al estirar la mano hasta la mesita para oprimir el botón, me di cuenta que se trataba de llamada, pero el número telefónico era desconocido. Me incorporé lentamente aún soñoliento, mientras me sentaba al filo de la cama. Estiré los pies en el suelo que parecía un trozo de roca ártica, y el frío me caló hasta las pantorrillas, quedé inmóvil en esa posición y con torpeza respondí:

—¿Si, Diga?

—Hola Gabriel—dijo una voz del otro lado.

<¿Qué hora es?> rumié tomando el reloj de pulso para constatar. Eran las ocho de la mañana.